

La Ilustración Artística

Año XXI

← BARCELONA 20 DE ENERO DE 1902 →

Núm. 1.047

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡Qué penas más grandes
las penas que muerden el alma
y no las ve nadie!



¡AFLIGIDA!, cuadro de Fernando Cabrera

ADVERTENCIA

En el presente número comenzamos la publicación de la novela de Henry Greville *El pasado de una madre*, obra que como todas las de su eminente autora cautiva poderosamente la atención del lector por el interés que desde sus primeros capítulos despierta, por la habilidad con que la acción se desarrolla y por la verdad con que están estudiados los personajes.

Henry Greville es una de las novelistas que de mayor popularidad gozan, no sólo en Francia, sino que también en muchos otros países extranjeros, en donde se han publicado numerosas traducciones de sus libros, siendo una de las escritoras predilectas, especialmente del bello sexo.

El pasado de una madre ha sido expresamente ilustrado para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el reputado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Juguetes*, por Emilia Pardo Bazán. — *¡Para cuatro días que hemos de vivir...!!!*, por Eduardo Benot. — *María Barrientos*, por Justo Solsona. — *La solución de un problema*, por A. Sánchez Ramón. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mariani*, novela ilustrada (conclusión). — *República Argentina. Buenos Aires. Concurso de carteles anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris»*, por M.

Grabados. — *Astigma*, cuadro de Fernando Cabrera. — Dibujos de Méndez Branga que ilustran el artículo titulado *¡Para cuatro días que hemos de vivir...!!! — Primavera de la vida*, cuadro de Gabriel Max. — *María Barrientos.* — *Joven turca.* — *Malebidji*, cuadros de Fausto Zonaro. — *Das de beber al sediento*, cuadro de Francisco Van-Mieris. — *Sir Ernesto Cassel.* — *San José de Calasanz*, estatua en bronce de Carlos Palao. — *República Argentina. Buenos Aires. Concurso de carteles anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris»*. Carteles premiados de G. Carpanetti, B. de Almeida, F. Alberti, F. Benesch, A. Gaspary, P. Tera, M. Hubener, F. Benesch, L. Barrau, A. Foache, M. Mayol, y V. P. Tapin.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUGUETES

«Amigos míos, contemos cuentos: mientras contamos, se acaba el cuento de la vida,» decía Diderot; y recordando su frase á la vez acerba y risueña, podríamos exclamar hoy nosotros: «Juguemos; que bien mirado, todo es juguete en el mundo.» La afición á los juguetes se desarrolla en proporciones ya extraordinarias, y los grandes hacen competencia á los chicos, por el gusto y empeño con que toman las cuestiones de amena juguetería.

* *

En otro tiempo — de España hablo — el juguete era casi una rareza, un privilegio exclusivo de los niños pudientes y felices, halagados por su familia con refinamientos de cariño mimoso. Y todavía, cuando se daban estas circunstancias y la familia se esmeraba en regalar á un pequeñuelo, difícilmente hallaba en las mal surtidas tiendas algo que llevase el sello de la originalidad y de la gracia. En la capital empezaban los *Alemanes* á importar la caprichosa é ingeniosa juguetería de su país; pero en provincias imperaban aún, con exclusivo imperio, tres artículos: la muñeca rígida de loza y trapo, el soldado de plomo, el caballo de cartón. Fuera de estos chirimbolos clásicos y de algún que otro estrepitoso instrumento de Navidad, apenas había cosa que pudiese tentar y alegrar á un chiquillo.

Por la influencia de la Navidad empezó verdaderamente la juguetería á manifestarse en el terreno estético. Desde el siglo XVIII, los *Nacimientos* destinados á Palacio, al recreo y solaz de los infantes de España, fueron obras de arte, modeladas y esculpidas en barro ó madera por artistas de nombradía. Algunos de estos *Belenes* pueden admirarse aún en los Museos.

Pero estaba vinculado á las altas clases, en las familias muy poderosas, el recreo artístico y pueril. Los juguetes de los demás niños eran informes, candorosamente bárbaros. Recuerdo aquellas figurillas de plomo con que se entretenían los muchachos y veo en ellas un símbolo perfecto, una representación acabada de la nación tal cual la concebían nuestros padres. Los juguetes de plomo se dividían en *militares* y *eclesiásticos*. Los *soldaditos*, como nadie ignora si ha asistido á alguna representación del baboso drama de Eguílaz, eran la delicia de los chicos. Ordenándolos y desordenándolos, remedaban las batallas, repetían en juego lo que los mayores realizaban en todo su horror, ensangrentando la península. Había cañones, de plomo también, que no disparaban; ¡benditos ellos que no eran capaces de sembrar el estrago y la muerte! Y servían los juguetillos de plomo para conocer la vocación de los muchachos: eran un barómetro infalible: si el niño prefería los

soldados á los curas, era que le daba por la milicia, y que sería con el tiempo un Espartero, un Narváez, un O'Donnell; pero si se prendaba del aparato religioso, de los altarcillos con floreros de colorines, las lámparas, las custodias, los oficiantes revestidos de sus casullas y capas pluviales..., entonces, no había que dudar: al seminario con él, y á echarle encima las órdenes, á tonsurarle aquella cabeza santa. ¡A cuántos errores se prestaba este sencillo modo de discurrir! Conocí yo un zagalón que se moría por cantar misa... ante un altar de plomo. Se hacía albas, estolas y hasta mitras con papel blanco y dorado y con papel floreado del de vestir paredes; siempre andaba mascullando latines, y se le regalaba el objeto más apetecido con ocho cuartos que se derrochaban en una rizada candelica de cera. La familia supuso que tenía allí á un obispo en ciernes. Y lo que tuvo fué una especie de mismísimo enemigo malo, que á los veinte años había roto más cabezas y burlado más mozas y alborotado más garitos que ningún empedernido y viejo calvatrueno de los que dejan memoria. ¡Fallaron los Santos Sacramentos y las lámparas y los candeleros y los presbíteros de plomo con toques de bermellón y cobalto!

* *

Hoy, ensanchada en esto como en todo — dígame lo que se quiera — la vida humana, los juguetes abarcan sus perspectivas múltiples, de ciencia, de arte, de sociabilidad, de industria, hasta de poesía y leyenda. Siendo yo niña me regalaron una locomotora atiborrada de dulces. Aún no se había familiarizado con las locomotoras el buen público español, y la mía fué envidia y admiración de cuantos chicos la contemplaron. Hoy las locomotoras son una anti-gualla: llenos están los bazares y las tiendas de toda clase de juguetes científicos, aplicaciones del vapor, de la electricidad, y autómatas preciosos, que tocan el violín y la guitarra, hablan, lloran, cantan, fuman y hasta creo que escupen por el colmillo...

* *

Es justo añadir que también, al perfeccionarse la calidad de los juguetes, ha abaratado su precio. Ha abaratado — entendámonos — relativamente; un juguete más bonito é ingenioso cuesta menos que antaño un juguete imperfecto y ordinario. Ciertas nociones de arte se han abierto camino hasta en la construcción de los juguetes populares é ínfimos, y la misma higiene ha impuesto sus respetables leyes, proscribiendo los tintes venenosos y las pinturas que irritan los tejidos. El niño pequeño propende á llevar á la boca lo que le agrada, y los soldaditos de plomo, los al parecer ñoños y beatíficos soldaditos de Eguílaz, solían ocasionar más de un cólico saturnino á las criaturas. Cada día se atiende mejor á evitar esta clase de riesgos. Los juguetes se hacen baratos, inofensivos y lindos, en cuanto cabe, dentro de los precios ya accesibles á las más modestas bolsas. Su acción sobre la niñez tiene, pues, que ser más beneficiosa que la de aquellos otros juguetes groseros y sin variedad ni gusto, único recurso de la niñez hasta el último tercio del pasado siglo.

* *

Demostración brillante de lo que acabo de estampar es la Exposición de muñecas en el salón del popular y artístico semanario *Blanco y Negro*. Esta publicación, que siempre está en el movimiento, como hoy incorrectamente se dice, consagra, incesantemente, en las fiestas de Navidad, gran atención á la chiquillería; hace distribuciones de juguetes y aguinaldos, y sobre todo excita, entre las señoras, el prurito de acordarse de los pobres durante la estación más fría y en el momento más crítico del año. La labor de *Blanco y Negro*, en este sentido, demuestra lo fácil que es, para todo el que puede sumar fuerzas, hacer obra social. Los elementos existen, y sólo se necesita que alguien, con inteligencia y actividad, los agite y los beneficie. La tarea de *Blanco y Negro*, tan meritosa, ha sido relativamente fácil: la población de Madrid ha concurrido, satisfecha y dádívosa, prestando su adhesión á la idea apenas manifestada.

Si mal no recuerdo, el primer año *Blanco y Negro* pidió sencillamente juguetes para los niños pobres; y llovieron juguetes, variados y abundantes, en las oficinas del periódico. El segundo año pidió dinero para invertirlo en juguetes mejor comprados y más homogéneos que los que el público remite al azar; y

dinero hubo también, y se repartieron á granel juguetes preciosos, haciendo la felicidad de infinitas criaturas: la distribución fué una escena encantadora y original. — El año presente es otra idea la que inspira las iniciativas de *Blanco y Negro*: ha solicitado muñecas vestidas, y las muñecas vestidas han afluído en número suficiente para organizar la atractiva Exposición que estos días lleva al palacio de la calle de Serrano á todo Madrid; — pero no, ¡ay!, en cantidad bastante para permitir una distribución que no se limite á labrar la dicha de unos cuantos escogidos...

* *

En efecto, la muñeca vestida por las propias manos de la señorita ó de la señora es necesariamente un juguete de lujo. Nadie adquiere, para vestirla — y acaso el no hacerlo sea un error; — pero en fin, repito que nadie adquiere con tal objeto una *pepona* de cartón: la muñeca fina, articulada, que habla y duerme, supone ya un regular desembolso. A proporción de la muñeca, el traje: terciopelos, sedas, encajes, bordados, hasta joyas; la vanidad y el amor propio se interesan, la competencia se establece, y la calidad de lo enviado perjudica á la cantidad.

El problema ha sido resuelto por *Blanco y Negro* determinando subastar las ricas y elegantes muñecas, y adquirir tantas muñecas de á duro como duros produzca la licitación. Esperamos con interés el resultado, porque también ofrece sus dificultades esto de la subasta. Es un nuevo llamamiento al público; sin embargo, yo confío en él; las subastas le atraen. He tenido, no hace mucho, ocasión de comprobarlo. Habiendo organizado en el balneario de la Tosa una rifa para los pobres del Hospitalillo — una de las miserias más visibles y más patentes del mundo, — me quedaron bastantes papeletas, y un bañista se ofreció á subastarlas. No fiaba yo mucho en el resultado de la subasta de semejante artículo, y fué incalculable mi sorpresa al ver que los mismos bañistas que media hora antes no querían las papeletas á 0'50, las pujaban ahora desesperadamente, llegando á ofrecer por las últimas la fabulosa cantidad de cinco pesetas.

* *

¡Por eso espero que las muñecas de la Exposición van á subir á las nubes! Al abrirse la Exposición ya ofrecieron por una — muy grande y muy maja, eso sí — nada menos que 500 pesetas. Y era el primer día, y no habían empezado las pujas, en que tanto se interesa el amor propio.

¡Lástima no ser niño! Era un espectáculo que debía de tener algo de magia para las criaturas agolpadas en el salón del periódico, el de aquellas hileras de muñecas espléndidamente trajeadas é iluminadas por la luz eléctrica, que hace brillar el raso, el oropel y las lentejuelas con fulgores de apoteosis. Hay muñecas de todos colores — blancas, mulatas y negras, — de todas las nacionalidades y razas — rusas, gitanas, españolas, turcas, francesas y especialmente del país de los sueños — y de todas las clases sociales, pero en general de las más altas: princesas, sultanas, damas preparadas para el baile, con su cola y sus gasas que las envuelven en un remolino vaporoso. Hay novias con virginal atavío, cubiertas por blancas sedas y tules y azahares; hay damiselas modernistas que tienen la exótica elegancia de un figurín del *Chic* ó de *L'Art*; hay majas arrogantes, chulas picarescas, toreros hechos un ascua de oro, bebés en sus cunitas, rodeados de las puntillas y las batis-tas de su canastilla opulenta; hay charras, gallegas, catalanas, valencianas, con pintorescos atavíos regionales; hay *Selikas* y *Walkyrias*; hay monjas y enca-peruzados de las procesiones de Semana Santa en Sevilla; hay *blancos* y *negros*; hay, en fin, cuanto se puede discurrir pensando el entendimiento para conseguir vestir una muñeca de un modo original y nuevo — cosa no muy fácil, cada día más difícil...

* *

¡Ojalá que la subasta produzca muchos duros! Yo confieso que si fuese la organizadora, las muñecas de á duro todavía me parecerían caras para los niños pobres. El caso es hacer feliz al mayor número de desheredados, prodigar la bendición de Dios de la alegría sobre el mayor número de cabezas. Los chicos de las clases trabajadoras no piden gollerías.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Y María cogió de la mesa un cuchillo, y se fué con él para su marido

PARA CUATRO DÍAS QUE HEMOS DE VIVIR...!!!

I

En un alegre comedor, pintado al temple de claro verde mar, están sentados á la mesa una joven lindísima y un mocetón de muy buen parecer, elegante, alto y fornido como un atleta. Una mujer ya con canas, pero muy ágil y frescachona, que veinte años atrás había sido nodriza de la joven, está sirviendo al matrimonio un abundante almuerzo de manjares exquisitos. Pero ninguno de los dos prueba apenas bocado. Reina un silencio sepulcral. Ella tiene fruncido el entrecejo de tal modo, que casi parece fea. Él finge una glacial indiferencia; pero bien se deja ver que aquella máscara no sabe disimular un profundísimo dolor comprimido, de aquellos que sojuzgan el ánimo cuando se está pensando continuamente en tomar una gran resolución definitiva.

Ella, de pronto, desvía un vaso lleno de Burdeos con movimiento tan brusco que el líquido se vierte sobre la mesa y corre hacia donde está el marido. Este se levanta con dominada presteza, deja caer al suelo aquella inundación de vino, ocupa otro sitio en la mesa y murmura por lo bajo con aparente tranquilidad:

— ¡Vaya unos modos!

— Si lo que estás ahí gruñendo entre dientes, respondió la joven, quiere decir que carezco de modales, sábetelo que yo tengo más educación que tú, y más que tu madre y más que toda tu parentela.

— Por Dios, María, interrumpió el ama: por Dios, no le mientes á aquella señora, que era una santa.

— Y á ti ¿quién te manda hacer la causa de ese infame? Porque tú eres tan infame como él. ¡Haberme jurado y perjurado que estuvo toda la noche en casa, cuando yo le oí salir á las dos de la madrugada!

— María, D. Juanito no ha salido en toda la noche

— ¿Adónde fuiste á esa hora? A ver á esa sinvergüenza, á esa...

— Es preciso que esto tenga fin. Y pronto, dijo entonces D. Juanito, poniéndose de pie.

— Sí: te entiendo. Tú lo que quieres es que yo me muera. Pero antes he de tener el gusto de verte entre cuatro blandones.

Y María cogió de la mesa un cuchillo, y se fué con él para su marido. Pero Juan sujetó á su mujer por la muñeca, y con suma facilidad le quitó el cuchillo de la mano.

Entonces ella, como una furia, le arrojó la taza de café, y luego un plato, y después otro, y por último el azucarero.

Juan, con una serenidad de pasmo y con una destreza de indio malabar, desvió uno tras otro aque-

los proyectiles domésticos, que al dar contra los ladrillos, se hacían trizas con escandaloso estrépito.

María entonces salió del comedor á la carrera, y dando un portazo tremendo, se encerró en su alcoba.

— ¡Ay, D. Juanito, está local, observó Brígida: loca de celos.

— ¿Y de quién?

— De fantasmas, ya lo sé. Y ella entendió que usted quería matarla, cuando dijo usted: «es preciso que esto tenga fin.»

— Y lo tendrá. Dentro de ocho días me embarco para América. Esto no puede seguir así. Brígida, unas hilas, que me he cortado la mano al quitarle el cuchillo. Nada. Dentro de ocho días me embarco para Buenos Aires.

— Pero eso sería matarla, D. Juanito.

— Pues que reviente. Y que carguen con ella todos los demonios.

— ¡Jesús sea aquí!

— ¡Mire usted cómo me ha puesto de café! Brígida, unas hilas y una venda, que me estoy desangrando.

Y Juan se apoyó en la pared, donde quedó estampada la mano por la sangre que vertía.

Brígida, á la tarde, con un fino cortaplumas raspó la mancha. Pero la forma quedó claramente señalada.

II

Esto pasaba en Mendigobía la mañana del día de San Juan, precisamente al año justo de haberse casado aquellos dos jóvenes.

¿Quién pudo entonces haber imaginado lo que iba á suceder? Ella tenía fama por lo tímida y modosa, y él por su constante buen humor.

Es Mendigobía un precioso puertecito de la costa del Cantábrico, donde no se conoce la pobreza desde tiempo inmemorial. Todos viven de la pesca y sus industrias. Las conservas de langosta, salmón y sardinas, en preciosas cajas de hoja de lata, fabricadas en la localidad, gozan de extraordinario crédito, y sus salazones son artículo de gran exportación. Así es que hay en aquel pueblo no pocas personas que viven con holgura y gran comodidad.

El caserío demuestra á las claras que la población es rica, aun en las viviendas destinadas en la playa á los pescadores y sus redes.

La plaza de Mendigobía es notabilísima. Uno de sus cuatro frentes está formado por la iglesia, el ayuntamiento y la escuela. La iglesia es del estilo ogival de la Edad Media, con fachada suntuosa, donde se destaca extrañamente una enorme ballena en alto relieve, la cual recuerda la floriente época en que los vascongados no conocían rivales en la pesca de

altura; pues sus buques se alargaban hasta el Banco de Terranova en busca del bacalao, y avanzaban hasta los mares del Norte en persecución de las ballenas. ¡Qué marinos aquellos! Eran invencibles, y abusando de su fuerza, el más mínimo motivo les bastaba para asolar las costas de Francia, dando lugar á que en las iglesias del litoral vecino se cantase en la misa:

à jurore barbarorum liberanos Domine.

Entre la iglesia y el ayuntamiento queda un callejón angosto, triste y lleno de hierbajos, y otro enteramente igual entre la misma iglesia y la escuela. Por cualquiera de estas dos callejas pudiera muy bien irse desde la plaza á un magnífico bosque de nogales que está detrás de los tres edificios. Pero nadie pasa nunca por allí: *de día*, porque es tradición que entre los hierbajos de aquellas callejuelas hay escorpiones y también víboras que con sus mordeduras hacen rabiarse á los perros; y *de noche*, porque quien penetra por una cualquiera de aquellas angosturas ve su propio entierro, acompañado de almas en pena, que le cantan un responso.

Solamente una vez al año no hay allí entierros ni ánimas en pena, y es la noche de San Juan; porque los duendes huyen de las candeladas. Pero en cambio, ¡qué horror!, si alguien á eso de la media noche entra por los nogales en cualquiera de los dos callejones, y al dar el reloj precisamente la última campanada de las doce se asoma á la esquina de la iglesia, ve aparecer en la otra á la persona de su familia que ha de morir en el mismo año antes de finalizar el 31 de diciembre. Y, si ella quiere no morir también, ha de volverse atrás por los nogales, dando un grandísimo rodeo para poder llegar hasta su casa.

En verdad no hay persona ninguna en Mendigobía que no tenga por patrañas todas estas consejas. Pero, aunque nadie haya comprobado nunca la existencia allí de víboras ni escorpiones, ¡ay del pobre can que es visto en alguna de las callejuelas, porque nunca falta un previsor mendigobeno que, al salir el animal á la plaza, no lo deje tieso de un certero escopetazo. Así es que no hay perros en Mendigobía, y mucho menos perros rabiosos.

Una vez el hijo del sacristán, que la echaba de incrédulo por haber navegado mucho y haber visto muchas tierras, apostó que iría una noche desde la plaza á los nogales por el callejón del ayuntamiento; pero, al llegar á la mitad del camino, si no vió su propio entierro ni tampoco oyó el responso de las ánimas en pena, sintió que le soplaban misteriosamente en el cogote y que por entre los hierbajos salían de la tierra unas manos muy ásperas que querían sujetarle por los pies. Del susto, corriendo con

gran dificultad, se volvió á la plaza, donde cayó sin sentido cuan largo era; y cuando á la madrugada volvió en sí, se encontró con la cabeza completamente cana.

Por eso los pescadores dicen que lo mejor de los dados es el no jugarlos.

III

¡Qué hermoso espectáculo presentaba Mendigobía aquella noche de San Juan!

La plaza estaba cuajada de casetas formadas de

— ¿Pero, María, te has vuelto loca?

— Sí, loca, porque pronto no tendré celos de nadie.

Poco tiempo después entraba Juan por el casino.

— Pero, hombre, le gritó un amigo suyo: ¿no me dijiste esta mañana que te ibas á Bilbao al anoche- cer, á fin de embarcarte inmediatamente para Buenos Aires?

— Es que ya no me embarco.

— Y ¿cómo es eso?

— Es que ya no tengo para qué moverme de Mendigobía.

Entró diciembre, y los alimentos llegaban fríos á la habitación de María, por lo cual Brígida logró convencerla de que almorzase en el comedor, toda vez que D. Juanito se iba tan temprano. María accedió al fin.

— Qué mano es esa que está marcada en la pared?

Brígida se apresuró á descifrar el enigma.

— ¿Y para esto me has hecho venir al comedor? Yo me voy ahora mismo.

— Pero, tonta, ¿qué remedias con irte? ¿Va á borrarse esa marca cuando estés en tu cuarto?

— Verdaderamente, dijo entonces María cabizba-



Poco después estaba María en su habitación repicando las castañuelas y bailando un bolero

IV

Ni Juan ni María se vieron en tres meses. Seguían viviendo en la misma casa; pero María almorzaba y comía siempre en su cuarto, y Juan almorzaba temprano en el comedor, desde el cual se iba á su fábrica de con-

servas, donde comía al anoche- cer.

Si por casualidad Brígida nombraba á alguno de los dos delante del otro, recibía invariablemente por respuesta:

— Pero ¿cuándo se muere esa mujer?

— Pero ¿ese infame piensa, ser eterno?

Y, sin embargo, aquellas dos vidas, emponzoñadas por aborrecimientos mutuos, sólo veían recuerdos de cariño dondequiera que fijaban los ojos; pues aquellas dos criaturas, al parecer sin amores, palpitan constantemente en ansias de amor.

Y es que ambos tomaban el todo por la parte, y no analizaban bien. Porque, al preguntarse en sus continuas cavilaciones: «¿Y esa mujer no se muere nunca?» «¿Y ese hombre vive todavía?» lo que en esencia se preguntaban en el negro caos de sus sentimientos, era lo siguiente: «¿Y no tendrán fin los infundados celos de María?» «¿Y no volverá Juan á su antiguo buen humor?»

V

Una hermosa mañana de octubre se asomó María á su ventana, ignorando que el marido estaba también asomado á un antiguo balcón. Los dos se miraron fijamente; se miraron aún, y los dos pensaron lo mismo:

— ¿Pero que á una criatura tan hermosa no le queden más que algunas semanas de vida?, ¡menos de tres meses á todo tirar!

velas de barco, que constituían preciosos pabellones, adornados de banderas y gallardetes de todas las marinas del mundo. Por la tarde había habido columpios y cucañas. Las pescadoras vestían trajes de colores llamativos, y en todas partes había bailes y guitarras. El pabellón del casino era lujosísimo y los socios competían con los pescadores en agilidad y soltura saltando las candeladas. ¿Cuántas había? No se sabe.

Pero sonaron las once en el reloj de la iglesia, y toda aquella algazara cesó. Las mujeres se retiraron, y también los socios del casino, seguidos de toda la demás gente. Sólo quedaron unos cuantos pescadores pagados por el ayuntamiento, quienes durante un cuarto de hora estuvieron echando combustible á las hogueras para que, sosteniéndose el fuego hasta el alba, no se atrevieran los duendes á hacer de las suyas. Media hora después la gran plaza quedó desierta.

¿Desierta? No del todo.

Al dar el reloj la última campanada de las doce, una mujer se asomaba por la esquina del ayuntamiento y un hombre por la esquina de la escuela.

— ¡Mi marido!

— ¡Mi mujer!

Y uno y otra se internaron inmediatamente en sus respectivos callejones.

Poco después estaba María en su habitación repicando las castañuelas y bailando un bolero. Al bullicio, acudieron Brígida y todas las criadas.

ja; ahora no puedo explicarme aquel arrebato de ira que me dió la mañana de San Juan. ¡Matar yo á un hombre!

— Pues ¿no estás deseando siempre que se muera tu marido?

— Brígida, tráeme el almuerzo á mi cuarto. Yo no quiero estar aquí, mientras exista esa mancha en la pared. Manda empapelar este comedor. Hoy mismo. Sin falta.

VI

Pocos días después, estando María almorzando en el comedor, ya empapelado, entró de improviso Juan, quien había salido muy de mañana, sin desayunarse siquiera, para un asunto urgente de la fábrica. Ella, al verlo, se levantó para irse; pero volvió á sentarse con el mayor aplomo, diciéndose fría- mente:

— Para los pocos días que le quedan de vida, no vale la pena que una se tome la molestia ni siquiera de irse.

El, al verla, retrocedió un paso; pero acto continuo se adelantó resueltamente y se sentó á la mesa en su sitio acostumbrado, diciendo para sí:

— En los pocos días que le quedan, no ha de fastidiarme mucho.

María acabó de tomar su café, se levantó mirando intensamente á su marido, y se fué sin saludarlo si- quiera, pero diciendo para sus adentros:

— ¡Y que al mozo más guapo de Mendigobía no le queden ya ni tres semanas que estar en este mundo!

Juan sintió ardérsele la sangre con la nueva des- cortesía de su mujer, y cuando ya iba á gritarle: «¡Grosera!, ¡mal criada!» se contuvo haciendo un gesto despreciativo, y pensando en sus adentros:

— Para tres semanas que le quedan de respiro, no quiero darle guerra.



PRIMAVERA DE LA VIDA,

gopia del celebrado cuadro de Gabriel Max

VII

— ¡Fuego!, ¡fuego! ¡D. Juanito, fuego en el cuarto de María! La lámpara de petróleo se ha caído y las esteras están ardiendo.

El humo era sofocante. Juan, de un formidable empujón, echó abajo la puerta, tomó en brazos a su mujer y escapó con ella por el contiguo cuarto de baños, cuya mampara vino también a tierra.

Ella, al verse en salvo, dió un beso á su marido. Pero aquel beso debió de ser un acto primo, del que en seguida hubo de arrepentirse, pues agregó inmediatamente:

— Esto lo he hecho por agradecimiento, pero no por cariño.

— Pues nada tienes que agradecerme, porque lo mismo hubiera hecho yo por una perra sarnosa.

— ¡Sarnosa yo!

— Voy á apagar el incendio.

Estas fueron las primeras amabilísimas palabras que se dirigieron aquellos dos tiernos esposos al cabo de seis meses justos de no hablarse. Era precisamente Nochebuena.

El amor propio hace que no veamos nuestras faltas, y la soberbia nos impide confesarlas; pues, para confesarlas, es preciso que antes nos hayamos dicho en los más lisonjeros términos posibles:

— Indudablemente valgo bien poco. He sido un miserable.

Júzguese, pues, de la batalla que aquella Nochebuena se habían dado en la conciencia de María los más encontrados sentimientos, cuando á la mañana siguiente, estando almorzando Juan, entró en el comedor y le dijo:

— Juan, lo que anoche hiciste conmigo me obliga á no amargarte los cinco ó seis días que pueden quedarte ya de vida; y aunque ayer me dijiste «perra sarnosa...» ¡vea usted, yo sarnosal..

Y María lloraba amargamente, tan amargamente que daba lástima oírlo.

— Bien sabe D. Juanito que eres más limpia que una gota de agua acabada de bajar del cielo.

— En verdad, sarnosa no lo es... se dijo Juan. Pero... ¿qué hago?... ¡Eal Para los cinco ó seis días que le quedan, más vale olvidar todo lo ocurrido.

Y Juan se levantó de su asiento, y dió á su mujer un beso largo, muy largo, en aquella frente afligida.

Ella le echó los brazos al cuello; y Brígida, llorando como una Magdalena, no cesaba de aplaudir.

IX

Llegó al fin el día decisivo, el día último del año, el 31 de diciembre.

— Ya no le quedan más que horas, dijo Juan al levantarse... ¡Pobre María!..

— ¡Y que hoy se me haya de morir mi marido de mi almal, dijo María al despertar... ¡Pobre Juanito mío!..

— ¡Ya no le quedan más que doce horas!, dijeron ambos para sí al llegar el mediodía.

Y los dos se echaron á llorar...

— ¿Qué haré yo para que esta mujer esté contenta en las tres horas que todavía tiene por delante?, dijo Juan á las nueve de la noche...

— ¿Cómo haré yo para que este hombre sea feliz en las dos horas que todavía ha de respirar?, dijo María al dar las diez...

Y al fin sonó la hora suprema.

¡Qué ansiedad la de aquellos dos amantes!, ¡qué sollozos cuando el reloj dió las once y media de la noche!

¡Media hora aún!..

Pero al fin el reloj de la iglesia empezó á dar las doce pausadamente y á compás. Y con la prontitud del rayo pensaron simultáneamente marido y mujer:

— ¡Ay, qué ya no le queda más tiempo que el necesario para que el reloj dé once campanadas!

¡Para diez!..

¡Para nueve!.. ¡ochol!.. ¡sietel!.. ¡seis!.. ¡cinco!..

Y aquellos dos enemigos que tanto se querían se abrazaron y se estuvieron besando con la mayor ternura hasta que el reloj dió la última campanada de las doce.

X

Muchos años han transcurrido. Ya Juan y María empiezan á tener canas, y son el matrimonio más feliz de la tierra.

¿Por qué? Por el poder del escarmiento.

Porque, cuando entre ellos ha surgido algún motivo de disgusto, los dos se han dicho resueltamente en su interior:

«Para cuatro días que hemos de pasar sobre la tierra, no nos amarguemos la vida con reconvencciones, ni amarguemos con insultos la vida de los demás. Atrás, discordias. La paz sea siempre en esta casa. Siempre, siempre.»

E. BENOT.

(Dibujos de Méndez Bringa.)



MARÍA BARRIENTOS, eminente diva catalana que actualmente canta con extraordinario éxito en el teatro Real de Madrid (de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

MARÍA BARRIENTOS

Apenas tendrá cumplidos diez y ocho mayos, y si no temiéramos pecar de hiperbólicos, diríamos que ya es la estrella de mayor magnitud que hoy brilla en el cielo del arte lírico, en el género que se ha dado en llamar ligero.

Poco más de tres años hace que debutó en el teatro Novedades de Barcelona desempeñando el papel de Inés en la genial obra de Meyerbeer *La Africana*.

Fué una revelación sorprendente, no un éxito momentáneo de niña adelantada salida de un Liceo, y por lo tanto, esperanza para el porvenir, sino la presentación de una artista hecha, de una verdadera artista en el concepto más lato de la palabra.

Sin embargo, á pesar de aquel triunfo inolvidable, de aquella primera consagración tan entusiasta como sincera, hubo muchos incrédulos, entre las personas acostumbradas á cosas de teatro, que por la desconianza natural de todo *debut*, ó dudosos de los *prodigios-niños*, no supieron ver en María más que una esperanza muy vaga, muy discutible y muy fácil de malograrse.

Esa opinión no dejaba de tener su lógica. ¡Era entonces tan joven, tan delgaducha, tan manojito de nervios! No era para menos el temer por las facultades de una mujercita, menor de quince años, que se presentaba con registro completo de soprano lírica; con voz cristalina, de una pureza sin mácula; con respiración amplísima y poderosa; con graves espléndidos; con sobregudos sorprendentes por su timbre y por su limpieza; con trinos, gorjeos y picados admirables; con escuela irreprochable; con vocalización y fraseo clarísimos; con gran intuición teatral y mucho talento propio. Eran demasiadas cualidades reunidas en cuerpo tan desmedrado, para convencerse del triunfo definitivo, de la conservación de un conjunto tan maravillosamente armónico para el arte, en una edad en que todavía no está bien constituida la mujer.

Pero hoy todo el público, sin excepciones, es creyente rayano en fanático.

Quien la oye una vez sola, ya queda fascinado, rendido, encantado.

De aquella duda y de aquel discutir su personalidad en los comienzos de su vida artística, le ha quedado una especie de mimoso resentimiento, algo como rencorcillo que no sabe disimular, sobre todo

cuando en la intimidad amistosa desahoga su pecho y recuerda las cosas de su tierra, todo dicho muy graciosamente en habla catalana. Entonces es cuando hay que oírlo dedicando elogios de profunda gratitud á su profesor de canto, el ya difunto D. Francisco Bonet, que tantos prodigios llevó á la escena, y á los amigos que la guiaron; lo que indica que María posee la buena cualidad del agradecimiento, tanto más de notar cuanto que es virtud que suele escasear mucho entre el elemento artístico teatral.

Confiesa que jamás sintió desfallecimientos ni tuvo dudas, y sólo una fe ciega en el porvenir. Por eso hoy muéstrase orgullosa de su carrera y de su gloria.

No se puede hablar de María Barrientos, de la eximia artista, sin recordar su bulliciosa infancia. De los tiempos en que doña Esperanza, su bondadosa madre, tenía que llamarla á menudo al orden porque le gustaba demasiado hacer la *cómica*; de cuando juguetona y traviesa era un portento, una precocidad que encantaba á los vecinos del estanco de la calle de la Diputación. De la niña vivaracha, alumna aprovechadísima de piano, ojito derecho del maestro Peller y alumna mimada del maestro Sánchez, su profesor de violín, instrumentos que dominaba y en los que creían sería consumada concertista; de la niña de talento clarísimo que á los trece años ganaba un premio de composición por un trabajo sinfónico que ella misma instrumentó.

Pocos podían prever que aquella niña á los dos años escasos dejaría eclipsadas tan brillantes disposiciones por las superiores de su voz purísima y los prodigios de su garganta maravillosa.

De María Barrientos se puede decir con justicia que fué artista desde la infancia, y que ya nació con el *quid divinum* del arte; porque bastó que debutase para que fuese reconocida artista de grandes vuelos; bastó con que fuera conocida para que su

gloria y fama recorrieran el mundo, y fué suficiente que la oyeran en Roma, Milán, Berlín y otras grandes capitales europeas para que á una fuera proclamada primera entre las primeras tiple de su género, sin fijarse en si empezaba su carrera ni en si era niña todavía.

Vino á Buenos Aires y causó delirio. El teatro Politeama, el mayor de los teatros de la capital argentina, fué pequeño para contener la enorme concurrencia que cada noche llenó la inmensa sala del coliseo y que todavía recordaba los triunfos de la célebre Adelina Patti.

La noche de su beneficio el teatro semejava un horno, un infierno. Cantó *Lakmé* y el rondó de *Lucía*. La ovación fué continuada, del principio al fin. Verdadero delirio, verdadera locura de entusiasmo.

Y cosa parecida le pasó después en La Plata, Rosario, Montevideo.

Su predisposición para el estudio es muy grande. Su memoria felicísima, y posee mucha imaginación y no escasa voluntad.

En cosa de meses aprendió, sin abandonar en lo más mínimo sus estudios musicales, el italiano, francés, inglés y alemán.

Quizá el trabajo prodigioso de su cerebro sea en daño de la robustez del cuerpo y de la riqueza sanguínea; porque á pesar de los viajes, su complexión continúa siendo delicada, aunque favorecida por un sistema nervioso de acero.

María Barrientos, como todas las grandes artistas, tiene óperas muy suyas. En *Sonámbula*, por ejemplo, revela su temperamento; en *Puritanos* se muestra concienzuda artista, venciendo dificultades; en *Barbero* es en la que está más deliciosa; en *Lakmé* más arrobadora, y en *Lucía* donde conmueve al público más profundamente.

Tres recuerdos imperecederos lleva actualmente impresos en el alma: la noche de su primer *debut* y las colosales ovaciones recibidas en Madrid y Buenos Aires.

Y un sentimiento profundo: haber estado en Roma, haber admirado sus monumentos, haber conocido sus grandes artistas, haber visitado el Vaticano, haber subido, como es de ritual, de rodillas los veintiocho peldaños de la «Escala Santa», haber llegado á la cúspide medio muerta y... no haber visto al Papa.

Buenos Aires. 1901.

JUSTO SOLSONA.

LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

D. Juan Pérez Fernández, segundo teniente de la reserva, con veinticuatro duros y catorce reales de paga todos los meses, nada menos, para él y para las demás personas de la dilatada familia de su esposa, se paseaba intranquilo, nervioso, agitado, por la modesta y reducida salita de su modestísima vivienda de la calle de Calatrava.

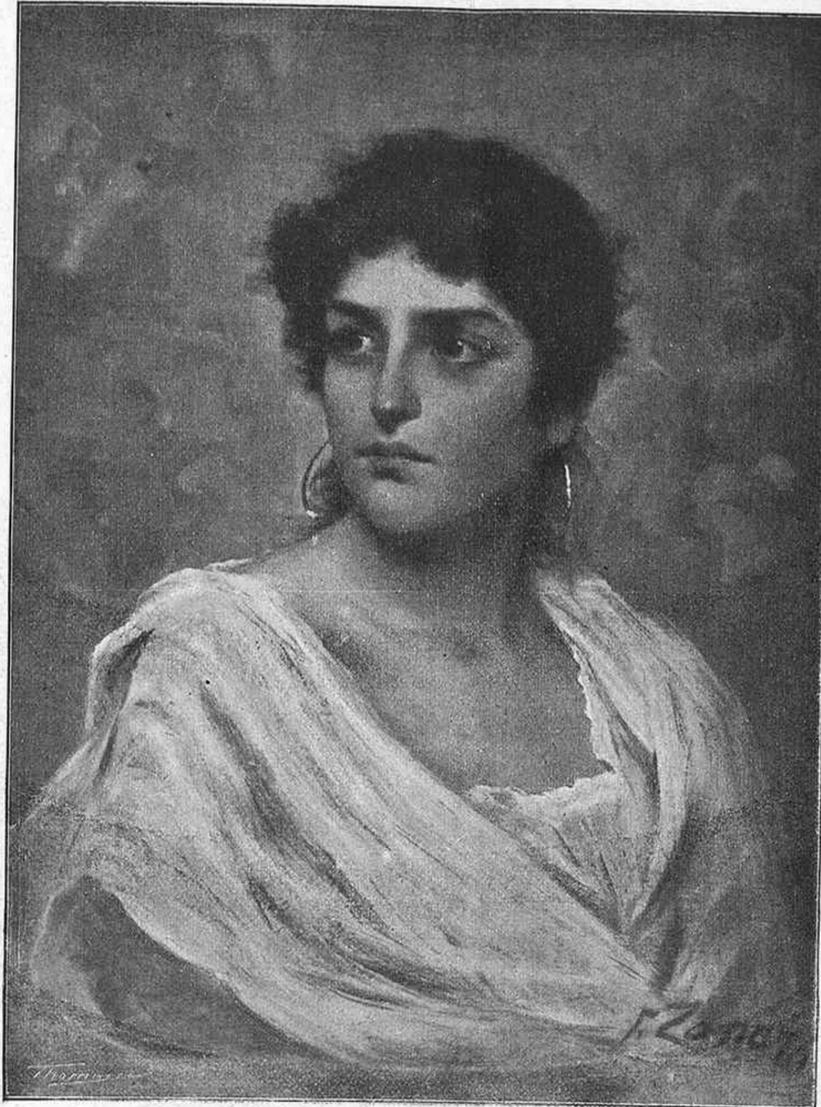
De vez en cuando parábase junto á una puerta de cristales cubiertos con cortinillas color rosa y á través de la cual se oía, entre entrecortados quejidos y alguno que otro agudísimo lamento, el confuso rumor producido por varias personas que hablaban en voz baja. Aplicaba D. Juan un instante el oído, seguía su paseo, volvía á pararse, tornaba á escuchar, y cada vez que sonaba uno de aquellos angustiados gritos, demudábase su semblante, ya lívido, brillaba una lágrima en sus ojos y su mano convulsa hacía presa en el negro y enmarañado bigote que de tan marcial aspecto le revestía.

Pasaban horas y horas, la noche avanzaba y la situación era la misma. Adentro, en la alcobita, continuaban los cuchicheos y los lamentos, y afuera en la sala D. Juan proseguía sus paseos como un león enjaulado.

De pronto resonó un grito estridente, que estremeció toda la casa, seguido de otro más estridente, más desgarrador todavía. D. Juan paróse en firme, alargó el cuello, inclinó la cabeza, abrió desmesuradamente los ojos y así se quedó alelado, sin respiración, sin sangre en las venas, como una estatua.

Abrióse con estrépito la puerta de cristales dando paso á una mujer ya entrada en años, pero robusta, coloradota, con más bigotes que el teniente, una suegra de caballería, que encarándose con D. Juan y sacudiéndolo de un brazo, le dijo:

- Vamos, hombre, ámate. Ya pasó. Entra y verás.
- Pero... pero..., balbuceó D. Juan sin alientos para proseguir.
- Que ya está, te digo; alégrate, repitió la rolliza señora.



JOVEN TURCA, cuadro de Fausto Zonaro

- Un tenientito, D. Juan, un tenientito. Que sea enhorabuena, dijo una voz de hombre desde la alcoba.

Y el bueno de D. Juan, riendo, llorando, haciendo visajes para ocultar la emoción, muy aturdido, tropezando en los muebles y en las paredes y empujado por la señora bigotuda, se perdió tras la puertecilla de cristales.

D. Juan Pérez y González, teniente de la reserva, estaba preocupadísimo.

Rodeado de su suegra doña Gertrudis, sus cuñaditas Brígida, Circuncisión y Patrocinio, su primita por parte de su mujer Marichu y sus dos sobrinos Román y Fulgencio, dos chicos huérfanos también á su cargo, D. Juan oía con espanto al doctor Ruiz, que sentado en frente de él le decía gravemente:

- Es imposible que su esposa de usted críe al becerrote ese que ha echado al mundo. Tiene una anemia que la consume, de modo que si quiere usted quedarse viudo, no tiene más que dejarle que lacte al arrapiezo.

- ¡Ay, Dios mío! Yo no quiero que mi hija se muera. ¡Pobrecita!, clamó doña Gertrudis hecha un mar de lágrimas.

Y suegra, cuñadas, primas y sobrinos rompieron en un coro de llantos y lamentaciones que acabó de volver loco á D. Juan.

- No, si yo tampoco quiero que se muera, murmuró éste.

- ¡Hay que buscar una nodriza!

- ¡Sí, hay que buscarla!

- ¡Y hoy mismo, sin falta!..

- Se buscará, sí, bueno... No faltaba más..., decía D. Juan. Aunque yo no coma... Lo primero es mi pobre Antonia... y el chiquillo, también al chiquillo hay que salvarlo...

Y aquel mismo día, toda la familia se echaba á la calle en busca de la pitanza del recién nacido tenientito.

Sentado junto á la camilla, con un lápiz en la mano y un papel delante, don Juan entabló el siguiente diálogo con la robusta pasiega que de pie y á su lado balanceaba su enorme corpanchón.

- Conque ocho duros todos los meses, ¿no es eso, ama?

- Sí, señor, ocho duros...

Y D. Juan apuntaba en el papel: «40 pesetas.»

- ¿Y qué más?

- Pues lo dicho, señor. Café con leche y tostada por la mañana.

- Vaya por la tostada.

- Chocolate con bizcochos á las diez...

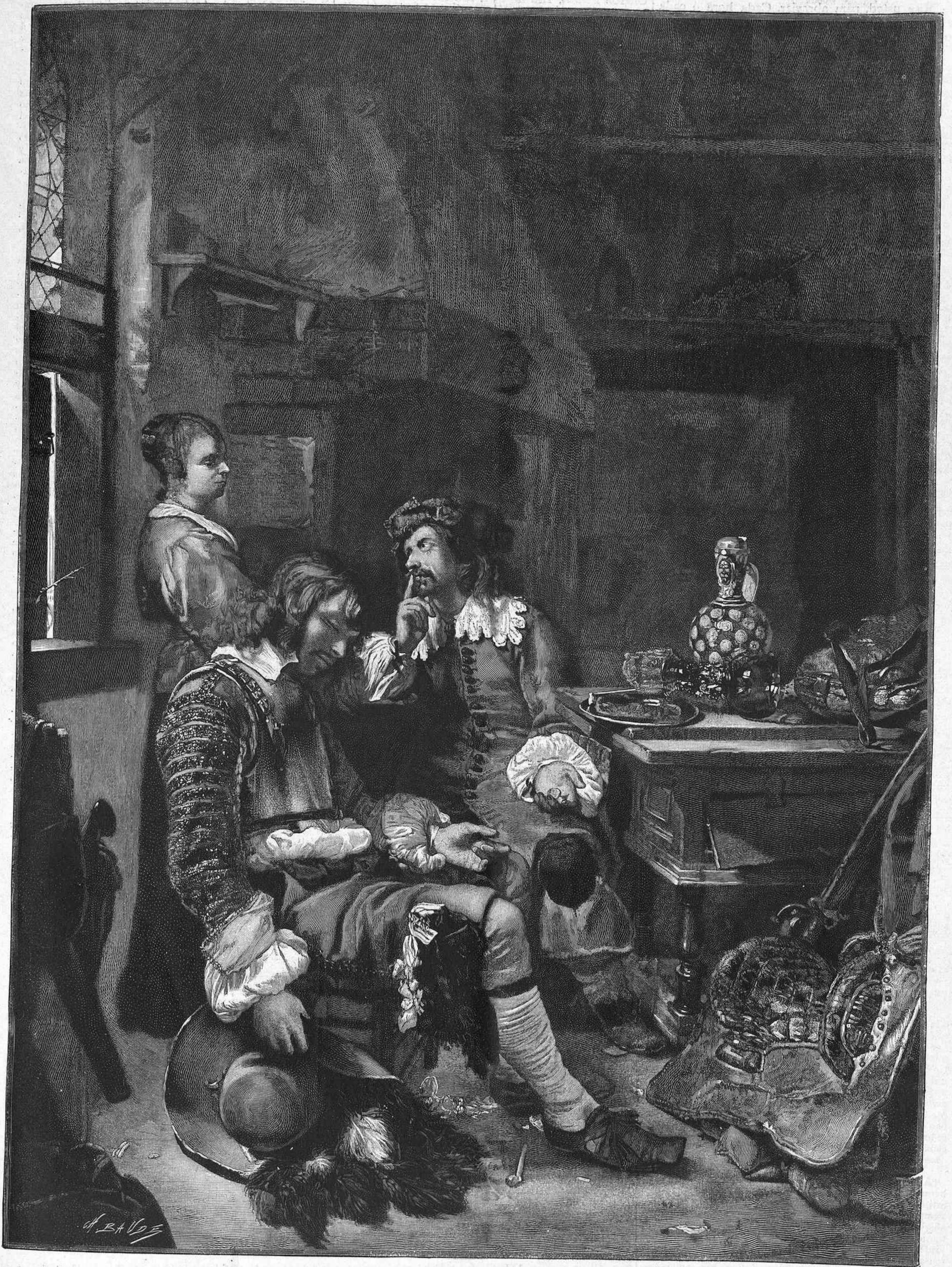
- Adelante, adelante...



Malebidji, cuadro de Fausto Zonaro



DAR DE BEBER AL SEDIENTO, cuadro de Isabel Nourse



EL OFICIAL DORMIDO, notable cuadro de Francisco Van-Mieris (Museo de Munich)

- Un caldo y un par de huevos á las once...
 - Mire usted, para abreviar. Cada hora ó cada media hora, lo que usted pida y de casa de Lhardy, ¿no es así?
 - Bien está, señor.
 - Pues por la alimentación..., murmuraba don Juan, ¿qué pondré por la alimentación?.. Vaya, tres pesetas diarias.
 Y apuntaba debajo de las 40 pesetas, «90 pesetas.»
 - No olvide usted la ropa limpia..., ni las dos sa-
 yas de colores para el invierno y las otras dos para el verano, y los zapatos y...
 - ¿Todavía hay más?
 - ¡Ya lo creo!. Las arracadas de similor, que han de ser con piedras de relumbrones; y si no, no las quiero...
 - Relumbrarán, ama, relumbrarán...
 - Y el collar de realitos, de tres vueltas y un pa-
 sador, como el de la Tomasa...
 - ¡Bueno, bueno!. ¿Se ha acabado ya?..
 - Quia; no, señor. Ya sabe usted la costumbre.
 - ¿Y cuál es la costumbre?
 - Pues el regalo cuando el niño echa el primer diente.
 - ¡Antes me parece que echaré yo todas las muelas!.. Pero, en fin, espere usted, ama, que voy á su-
 mar... Cero es cero y no llevo nada... ¡Qué he de llevar, si ésta se lo lleva todo!.. 4 y 9, 13 y 6, 19 y 8... ¡Qué barbaridad!.. Me cuesta el ama esta más que si comprara un caballo... ¡Ah, qué ideal! ¡Ya encontré la solución!.. Oiga usted, ama.
 - Usted dirá, señor.
 - Yo tengo todos los meses veinticuatro duros y catorce reales de paga... Oigalo usted bien. ¡Ciento veintitrés pesetas y cincuenta céntimos!..
 - Bien, señor.
 - Y además tengo mi mujer, mi suegra, mis tres cuñadas, la primita y dos sobrinos... Total, somos nueve en la casa, y con el niño, diez.
 - Bien, señor...
 - No, bien, no, sino muy mal. En fin, vamos á hacer un trato... Yo le doy á usted todos los meses mi paga entera... ¡y mamaremos todos! ¿Conviene?

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

NUESTROS GRABADOS

Sir Ernesto Cassel. — Este generoso donador de 200.000 libras esterlinas que el rey de Inglaterra ha destinado



SIR ERNESTO CASSEL, el generoso donador de 200.000 libras esterlinas que el rey Eduardo de Inglaterra ha destinado á la construcción de un sanatorio para tuberculosos.

á la obra de la construcción de sanatorios para tuberculosos, es de origen alemán. Hijo de un panadero de Colonia, entró siendo muy joven en una casa de comercio de Liverpool, pasando poco después á Londres, en donde muy pronto demostró su gran talento comercial y en donde ha conseguido reunir una cuantiosa fortuna, adquirida principalmente en negocios de ferrocarriles. Además de financiero, es un distinguido *sportman* muy conocido como propietario de la famosa yeguada de Melton Paddock, en Newmarket, algunos de cuyos caballos han obtenido varios premios en reñidas carreras. Recientemente ha emprendido un viaje á la India, y antes de ponerse en camino ha hecho el donativo mencionado. Sir Ernesto Cassel cuenta en la actualidad cincuenta años.

¡Afigidal, cuadro de Fernando Cabrera.— Tan hermosa como sentida es la última producción del laureado artista alcoyano Fernando Cabrera. En ella preséntase, como siempre, delicado en el concepto, vigoroso en la ejecución. El affligido semblante de la hermosa joven expresa con toda intensidad el sentimiento, el pesar que la domina, y en sus extraviadas pupilas adivínase la abstracción completa de cuanto la rodea, entregada á la amargura y al dolor. Esto en cuanto se refiere al artista, ya que el pintor preséntase, hoy como ayer, firme y seguro y dueño de esa gama admirable que inmortalizó á su malogrado maestro Casto Plasencia, y que constituye la característica de sus principales obras que, como «Los huérfanos» y «En el coro», constituyen una de las más preciadas galas del Museo municipal de nuestra ciudad.

San José de Calasanz, estatua en bronce de Carlos Palao, fundida en los talleres de Masriera y Campins. — A la galantería del laborioso é inteligente escultor zaragozano Carlos Palao, debemos la ocasión de reproducir en estas páginas la hermosa estatua de San José de Calasanz que ha de servir de digno remate del monumento que ha de erigirse en Peralta, su pueblo natal. Difícil era, á todas luces, el cometido confiado al artista á que nos referimos, dada la significación del personaje representado y la aplicación que había de darse á la estatua; mas justo es consignar que ha resuelto discretamente el problema, ya que la obra amóldase al carácter y significación del virtuoso y santo apóstol y se ajusta á las condiciones necesarias para un monumento público. Aplausos merece el Sr. Palao por su gallarda producción, como igualmente los fundidores Sres. Masriera y Campins, que tan hábilmente han interpretado la obra del artista zaragozano.

Primavera de la vida, cuadro de Gabriel Max. — ¡Con cuánta razón calificó el poeta á la juventud de primavera de la vida! Así como en esta época del año la naturaleza se viste con sus mejores galas, ostentándose en toda su espléndida belleza, así también en aquella edad la existencia humana aparece adornada con sus mejores encantos, llena el alma de ilusiones que el desengaño no ha agostado todavía y ávida de libar las dulzuras de los placeres que la imaginación ha entrevisto sin sospechar los amargores que encierran. De todo esto nos da idea completa la hermosa figura de Gabriel Max: su cuerpo de formas mórbidas, su líndro rostro, su voluptuosa mirada, las flores que adornan su rizada cabellera, la copa que su mano empuña, todo indica en ella felicidad, ansia de goces, en una palabra, juventud, exuberancia de vida.

Joven turca. — Ma-
 lebidji, cuadros de Fausto Zonaro. — Varias obras, correspondientes á diversos géneros, nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores del distinguido artista Fausto Zonaro, pintor predilecto de la corte de Turquía, y á quien se debe el movimiento artístico de aquel país. Grandes son sus merecimientos é indiscutibles sus aptitudes y especialísimas condiciones, generalmente apreciadas y estimadas, según lo atestiguan los premios obtenidos en las exposiciones y públicos concursos, entre ellos, los celebrados en nuestra ciudad. De ahí, pues, que nos limitemos hoy á llamar la atención respecto de los dos lienzos que publicamos, dignos de su nombre y apreciables todos ellos por las condiciones que revelan en su autor.

Dar de beber al sediento, cuadro de Isabel Nourse. — Entre las muchas bellezas que este cuadro contiene, destaca en primer término el efecto de luz artificial, que es uno de los problemas de más difícil solución en pintura y que la notable artista francesa Isabel Nourse ha resuelto con extraordinario acierto. La manera como aparecen iluminadas las figuras de este lienzo demuestra que su autora ha hecho detenidos estudios de los grandes maestros que han cultivado este género y ha observado con verdadero éxito el natural. Aparte de esto, la composición reúne otra multitud de cualidades notables, entre las que señalaremos la acertada disposición de las figuras, la verdad con que éstas están tratadas y las excelencias de ejecución que en todo el cuadro se observan.

El oficial dormido, cuadro de Francisco Van-Mieris. — Francisco Van-Mieris, llamado el Viejo, para distinguirlo de su nieto, que lleva su mismo nombre y que también cultivó con gran éxito la pintura, es considerado como uno de los más célebres pintores de la escuela holandesa. Nació en Leiden en 1635, fué discípulo de Torenvliet, famoso pintor de cristales, y de Gerardo Dous, y muy pronto alcanzó tal nombradía que el gran duque de Toscana y otros príncipes le encargaron multitud de cuadros, pagándoselos á elevadísimos precios. Murió en 1681 en la misma ciudad en donde había nacido. Cultivó especialmente el retrato y la pintura de género, habiendo dejado en uno y otra verdaderas joyas que se conservan en los principales museos. Las cualidades que más resaltan de sus lienzos son la elegancia del dibujo, la finura del colorido y la verdad con que están reproducidas las telas. *El oficial dormido* figura entre sus mejores composiciones.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — LONDRES. — El duque de Marlborough posee indudablemente el cuadro más caro del mundo. Este lienzo, conocido con el nombre de *la Madonna de Blenheim*, figuraba en la colección del primer duque de Marlborough y fué

pintado por Rafael en 1507: representa á la Virgen con el Niño Jesús sentada en un trono, teniendo á la izquierda á San Juan Bautista y á la derecha á San Nicolás de Bari. Según parebautista, el valor de este cuadro es de 60.000 libras esterlinas (1.500.000 pesetas); debiéndose en parte tan fabuloso valor á que la pintura es la mejor conservada de cuantas existen de Rafael.



SAN JOSÉ DE CALASANZ, estatua en bronce de Carlos Palao, fundida en los talleres de Masriera y Campins

Teatros. — En el teatro Constanza, de Roma, se ha estrenado con grandísimo éxito la tragedia de Gabriel d'Anunzio *Francesca da Rimini*, que ha interpretado admirablemente la Duse y que ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

— En Turín se ha estrenado con buen éxito un drama de Gerolamo Rovetta, titulado *Romanticismo*.

París. — El estreno de la ópera de Wagner *Siegfried*, en la Ópera, ha sido un acontecimiento musical. A propósito de este último escribe un notable crítico musical parisiense: «No es solamente el público quien lo aclama, sino que los mismos compositores franceses preconizan el culto del maestro genial, cuyo yugo no han podido sacudir y que ha influido sobre toda la producción moderna, convertida en tributaria del prodigioso compositor.» Se han estrenado también con buen éxito: en el Odeon *Monsieur et Madame Dugazon*, comedia dramática en cuatro actos de Jacobo Normand; en la Renaissance *Les complaisances*, comedia en cinco actos de Gastón Devore; en el Gymnase *Le détour*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein, y en el Ateneo *Madame Flirt*, comedia en cuatro actos de Pablo Gault y Jorge Berr.

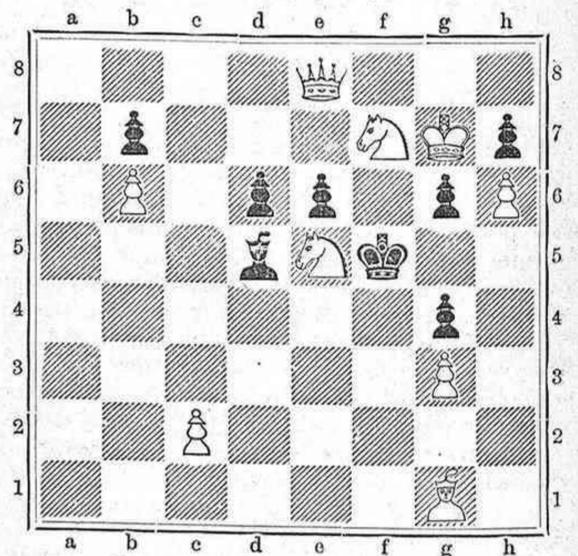
Barcelona. — En el teatro Principal, donde ha comenzado á actuar una compañía dramática dirigida por don Manuel Salvat, se han estrenado con buen éxito: *La pena*, comedia dramática en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero, y *El señorito*, comedia melodramática en tres actos del señor Sánchez Pastor. En Novedades se ha estrenado con aplauso *El hombre del organillo*, melodrama en siete actos de D. José M. Pous. En el Liceo ha debutado con éxito grandísimo la eminente diva señora Darclée.

Necrología. — Ha fallecido: A. de Saint-Aubin, notable escritor parisiense, colaborador del *Le Figaro* durante muchos años y autor de varias producciones dramáticas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 266, POR W. GRIMSHAW.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 265, POR S. LOYD.

- Blancas.
- 1. Re4-f5
- 2. D mate.
- Negras.
- 1. R juega.

MARIANIC, POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Sentía en él la misma fuerza, la misma facilidad de producción; gozaba plenamente de su éxito y pensaba que aquello iba á durar siempre.

Aquello duró quince años. En nuestros días, con

Aquello fué para Ivo un fúnebre toque de campana, y regresó melancólico á su hotel. Aquella injusta frialdad, aquella súbita desestimación de sus obras le parecía inexplicable. Tentado estaba de atribuirle

confianza, pintando maquinalmente, penosamente, como se cumple una odiosa tarea. Vendía poco. Vegetaba dibujando ilustraciones para periódicos populares ó libros de premios. En menos de dos años había envejecido bruscamente. Su cabello y su barba casi eran canos. Sus ojos negros, antes tan luminosos, tenían un mirar sombrío, falto de expresión. Llevaba una triste existencia, sin ver á nadie. De sus antiguos amigos, algunos habían muerto; en otros la amistad se había entibado; éstos habían renunciado á subir sus cinco pisos. No le gustaba encontrarse con las personas que había tratado durante sus años de prosperidad y de celebridad; por eso vivía retirado en su casa.

No salía á la calle sino al anochecer, para ir á comer solitariamente en un figón de la vecindad. Por la noche, después de aquella modesta comida, tomada en la trastienda del tabernucho, como en la época de sus comienzos, volvía á subir lentamente á su quinto piso, se encerraba en el estudio y encendía su pipa. En el aburrimiento de su trabajo de ilustraciones, se asomaba á su ventana elevadísima y miraba abajo los bultos fugitivos de los raros transeúntes. Durante aquellas veladas solitarias, procuraba aturdirse, hipnotizarse en cierto modo por no pensar en las cosas presentes. A veces le daba el vértigo á fuerza de mirar el piso de la calle. Levantaba la cabeza, y por encima de hileras de tejados desiguales, divisaba las confusas siluetas de los árboles del Luxemburgo. En ciertas ocasiones veía la luna elevarse poco á poco por encima del ramaje, y recordaba tristemente sus impresiones juveniles, los efectos de luna detrás de los pinos de Ploa-ré, en la época en que vagaba por el castañal de Kerdouarnec, y la blanca figura de Marianic de Tremolin surgía melancólicamente del fondo de su memoria.

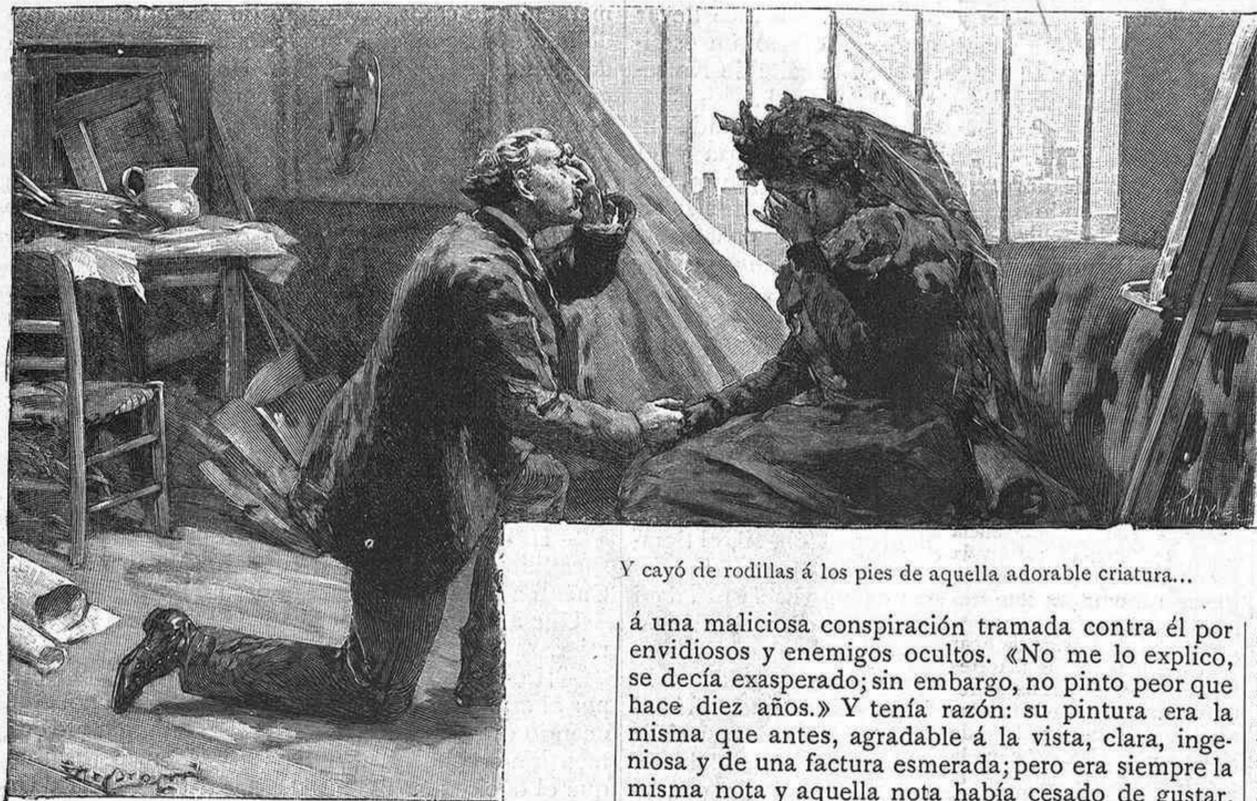
III

Se dice que las personas que se ahogan recapitulan en breves segundos, y en sus menores detalles, todos los acontecimientos de su vida pasada. En su caída en el abismo de miseria, Ivo veía nuevamente, con aguda lucidez, con minuciosa precisión, las más fugitivas impresiones de sus años juveniles. Su país de Bretaña reaparecía á sus ojos con sus más bellos colores. En pocos minutos revivía toda su infancia. Se encontraba de nuevo vagabundeando por las calles de Quimperlé, calles empinadas y solitarias donde hay parques y praderas que duermen enclavados en edificios de aspecto monástico. Oía el fresco rumor del Isola, cuyas sonoras aguas corrían



Le Chantre fué á darle un golpecito en el hombro (pág. 53)

al pie de la casa paterna, una casa estrecha, pobremente amueblada, en cuyas paredes trazó con carbón sus primeros dibujos; casa en que murieron sus padres y que él vendió por un pedazo de pan. Recorría luego los caminos y pinares en que trabajó forjándose mil ilusiones en sus comienzos, cuando la existencia se le aparecía como un larguísimo paseo de perspectivas iluminadas por la luz del sol; cuando llevaba alegremente su porvenir en la mano como una



Y cayó de rodillas á los pies de aquella adorable criatura...

á una maliciosa conspiración tramada contra él por envidiosos y enemigos ocultos. «No me lo explico, se decía exasperado; sin embargo, no pinto peor que hace diez años.» Y tenía razón: su pintura era la misma que antes, agradable á la vista, clara, ingeniosa y de una factura esmerada; pero era siempre la misma nota y aquella nota había cesado de gustar. El desdichado no lo notaba, y hacía desesperados esfuerzos para atraerse nuevamente al público. Sin embargo, no podía menos de darse cuenta de que sus recursos disminuían, mientras que los gastos corrientes se mantenían al mismo nivel. Poco á poco las facturas se amontonaban en los cajones de su escritorio. Los acreedores se volvían intransigentes. Su estudio, tan frecuentado antes, era solitario ahora. El timbre sonaba más á menudo para anunciar la visita de los que venían á reclamar el pago de alguna cuenta, que la de alguna dama deseosa de hacerse retratar. Las letras protestadas hacían la bola de nieve, determinando idas y venidas de gente de curia. Las hipotecas judiciales empezaron á llover sobre el lindo hotel del barrio Monceau. Cormier vió de pronto el abismo y perdió la cabeza. Las caídas se aceleran en razón de la altura de donde se producen. La de Ivo Cormier fué una rápida voltereta. Tuvo que vender por la mitad de su valor el hotel convertido en garantía del Credit foncier. Luego los periódicos anunciaron la venta de los cuadros, tapices y muebles antiguos que componían «la colección del conocido pintor Ivo Cormier.» Algunos diarios añadieron á esta gacetilla reflexiones malévolas ó torpes, lamentando hipócritamente los súbitos apuros de aquel artista, tan mimado en otro tiempo por la fortuna. Aquella nota pérfida, inspirada por buenas camaradas, dió el golpe de gracia á Ivo, acabando de desacreditarlo.

El desastre era completo, irremediable. Durante quince días fué la comidilla de las murmuraciones, y luego nadie volvió á acordarse de ello. ¡Un hombre al agua! En el océano parisiense, este grito de alarma es pronto cubierto por el torbellino de la muchedumbre. El hombre se va á pique y se acabó. Es el olvido profundo, despiadado, cien veces peor que la muerte corporal.

De la misma manera que la liebre herida se vuelve al regazo, Ivo, después de su ruina, se reinstaló, como al principio de su carrera, en la calle de Notre-Dame-des-Camps. Triste hogar: un estudio situado en el quinto piso, con un pequeño y oscuro cuarto dormitorio. No era más lujoso que el que habitó en su juventud; pero en vez de las veintidós primaveras de entonces, contaba ahora cerca de cincuenta, lo cual cambia singularmente las perspectivas. El sota-banco de antaño miraba hacia levante; el de hoy no estaba alumbrado más que por días de sufrimiento y orientado hacia un cielo lleno de bruma. En vez de la esperanza que todo lo embellece, Ivo no conservaba más que el recuerdo amargo de los esplendores apagados y el sentimiento de su mortificante decadencia. Seguía trabajando, pero sin gusto, sin

nuestra necesidad de emociones nuevas, con la movilidad de nuestras ideas, la viveza de nuestros entusiasmos y nuestro dilettantismo inquieto, en quince años el gusto del público se transforma. Aquellos á quienes gustaba el realismo sentimental de Cormier desaparecían poco á poco, cediendo el paso á aficionados á otra fórmula de arte. Jóvenes generaciones de pintores invadían los Salones anuales, exponiendo obras más complicadas y más atrevidas. Críticos agresivos é intransigentes aclamaban á los jóvenes talentos en nombre de una estética nueva, y demolían sin respeto ni piedad á los pintores en posesión de la nombradía. Para ellos, la pintura tal como la habían comprendido las gentes antes de 1870 «envejecía.» El modernismo de hoy ponía en ridículo al modernismo de ayer. En arte, lo concebido y ejecutado para satisfacer al gusto del día, está fatalmente condenado á no tener más que la belleza del diablo y á envejecer rápidamente. Ahora lo que gustaba eran las pinturas simbólicas, los asuntos divisados como á través de una niebla. Entusiasaban los lienzos de la joven escuela inglesa; el gusto general se pronunciaba en favor de los primitivos italianos, y los snobs no pronunciaban más que los nombres de Botticelli y de Burne-Jones, jurando por John Ruskin, sin conocer de él ni una línea. Los americanos, á su vez, se habían cansado de dejar sus dólares en los estudios franceses. Después de haber sido para los Estados Unidos el gran mercado de la pintura contemporánea, París había cedido el puesto á Londres. Los yanquis compraban ahora Millais, Waths y Orchardsons, y hasta empezaban á interesarse por la producción de sus propios pintores. Ivo Cormier, que acostumbraba á quejarse de que los comerciantes en cuadros le molestaban de continuo, veíase poco á poco obligado á molestarse para ir á ofrecerles sus cuadros. Y con frecuencia volvía sin haber vendido nada. En el Salón, el público pasaba indiferente por delante de sus escenas bretonas; la crítica no hablaba ya de su pintura, ó si citaba su nombre, era para lanzarle algún epíteto irrespetuoso. Los más benévolos le concedían una mención honorífica como una limosna y le aconsejaban pérfidamente que se retirase.

«Es una crisis que pasará,» pensaba Cormier, y continuaba su tren de vida. Pero la crisis no pasó, sino que, por el contrario, se agravó. Un día, en el hotel de ventas, Ivo oyó adjudicar por trescientos francos un *Regreso de la romería de Santa Ana*, que había dado en otro tiempo por tres mil francos á un aficionado, cuya galería se vendía después de su muerte.

caja de Pandora aún no abierta. Todos los paisajes de entonces se desarrollaban rápidamente delante de él: Douarnenez, con su puerto de pesca y sus barcas descansando con las velas recogidas; la casita de Pló-mar, blanca en su marco de verdura; el paseo de Santa Cruz, plantado de álamos de plateadas hojas; el antiguo jardín de Kerdouarnec, impregnado de perfumes aromáticos, en que soñaba Marianic de Tremolin, pálida y sonrosada como las madresevas de los setos. Entonces resucitaba el encanto de los pasados amores; acordábase de aquel domingo de julio en que Marianic se le reveló en su gracia un poco arisca; de sus tímidas conversaciones de los primeros días; de sus confidencias cada vez más francas, seguidas de tantas horas de adorable ternura. Todo esto revivía en él como las flores en el agua fresca, y al mismo tiempo despertaba un remordimiento en su corazón, un remordimiento del egoísta olvido con que había recompensado el afecto de la señorita de Tremolin. Se reprochaba de pronto el silencio injurioso que opuso á las cartas tan conmovedoras y tiernas de la muchacha.

Y todo aquello había concluído; todo aquello quedaba para siempre sepultado en la nada. El sol había desaparecido de su vida. Se hundía cada vez más en la noche oscura. ¿Qué podía ya esperar? Hoy estaba más triste que ayer, y mañana, el espantoso mañana iba á amanecer con sus ordinarios hastíos y las humillaciones de una miseria creciente. Desalentado, se apoyaba en el antepecho de la ventana y miraba hoscamente en el vacío. La calle desierta se volvía vaga como una neblina; con la sombra que marcaba húmedos adoquines, subían también fúnebres pensamientos, llenando de tinieblas el dolorido cerebro del artista.

Desde aquella hora contemplativa en que, al ver surgir la luna por encima de los castaños del Luxemburgo, evocara los fantasmas de otro tiempo, se complacía en pensar de nuevo en la señorita de Tremolin, en evocar los remotos recuerdos de Kerdouarnec, en embriagarse con el perfume de sus amores juveniles, con el casto olor de aquel afecto tan sincero y tan desinteresado. Marianic volvía á ser poco á poco su pensamiento dominante, el consolador reposorio en que hallaba nuevamente una ilusión de quietud serena.

Una tarde de septiembre, en ocasión en que ejecutaba penosamente una copia de un cuadro, llamaron á la puerta del estudio. No esperaba á nadie, y como los pocos camaradas que continuaban siéndole fieles no se molestaban en irle á ver, temió encontrarse cara á cara con algún acreedor; de manera que no se movió. Pero la campanilla volvió á tocar varias veces. Irritado por aquella obstinación, suspendió su trabajo echando ternos y fué á abrir. En la penumbra del rellano de la escalera vió una mujer vestida de negro, pálida y flaca, que balbuceaba palabras de excusa.

— ¿Qué se le ofrece?, preguntó Ivo bruscamente.

La mujer permanecía inmóvil en el umbral de la puerta, con visibles señales de timidez. Sus ojos brillaban suavemente en la oscuridad.

— ¡Adelantel, exclamó el pintor con impaciencia. Entonces ella se decidió á obedecer.

— Sr. Cormier, dijo al fin, ¿no me reconoce usted? Marianic de Tremolin.

— ¡Marianic!, murmuró él estupefacto.

Cerró vivamente la puerta, cogió á Marianic por la mano y la condujo hacia un diván deshilachado que ocupaba un rincón, cerca de la ventana.

Después que ella se hubo sentado, permanecieron ambos en silencio durante un rato. Ivo estaba avergonzado de recibir á su antigua amiga en aquella triste morada. Marianic, muy conmovida, tardaba en serenarse. Con dolorosa sorpresa examinaba someramente el estudio, con las paredes pintadas al temple, el techo agrietado y ennegrecido por el humo, el suelo descoyuntado y sucio, los bocetos y dibujos amontonados en confusa mezcolanza, la desgarrada cortina de damasco que cubría sin duda la puerta de una alcoba, el gran ventanal de cristales, por donde penetraba una luz fría... De vez en cuando suspiraba. Por último, osó dirigir la mirada hacia Ivo Cormier, y una tierna compasión humedeció sus párpados, en presencia de aquel rostro prematuramente envejecido. La boca tenía pliegues de amargura y en la expresión de los ojos se notaba la dureza del desengaño. Marianic suspiró de nuevo más profundamente.

— Me encuentra usted cambiado, ¿verdad?, dijo Cormier cada vez más nervioso y confuso.

— ¡Ay!, contestó ella, hemos cambiado los dos... ¡Calcule usted! Hacía veinticinco años que no nos veíamos.

También en Marianic habían hecho mella los años. Sin embargo, su tranquilo rostro de provincia-

na conservaba aún restos de hermosura; el pelo había encanecido, el talle era menos esbelto, pero el óvalo de la cara se mantenía aún puro y la boca seguía teniendo su encanto y su frescura; la misma gracia melancólica impregnaba todavía los ojos azules.

— Acabo de llegar á París, dijo ella, y no he podido resistir al deseo de venir á ver á usted. ¡Ah, no me ha costado poco trabajo encontrarle! Imagínese usted que me procuré en Quimperlé un viejo catálogo del Salón en que se indicaba su domicilio: calle de Ampere, en el barrio Monceau. Allí fuí en derecho; pero su antigua casa estaba ocupada por otras personas. La portera no sabía las nuevas señas de usted. Pero me aconsejó que fuese á informarme en casa de un curial llamado Landaré. Me hice llevar á la oficina de ese señor, y allí, en efecto, un escribiente me dijo que usted vivía en la calle de Notre-Dame-des-Camps; y aquí me tiene usted...

Alzó hacia Ivo sus claros ojos, y una grande angustia le oprimió el corazón. La vergüenza y el bochorno habían encendido el rostro del pintor. Sin querer, refiriendo ingenuamente las diligencias en busca del domicilio de Cormier, había enconado las heridas de su orgullo. Al oír en boca de Marianic el nombre de aquel *huissier*, que tantas demandas le había presentado á domicilio, el pintor se mordía los labios, pensando en las indiscretas y humillantes revelaciones que los pasantes de Landaré habían debido hacer á la señorita de Tremolin, y su malestar aumentaba. Marianic tuvo la intuición de que acababa de cometer una torpeza. Se puso colorada á su vez, bajó los ojos y se apresuró á cambiar de conversación.

— Sí, continuó precipitadamente, ¡oh, sí!, el tiempo vuela... Y lo peor es que los años pasan sin sentir... Se me figura que era ayer cuando hacía usted mi retrato en nuestro jardín de Kerdouarnec. Y sin embargo, ¡cuántas cosas han ocurrido desde entonces! Desde la noche en que nos separamos en la alameda... No puede usted figurarse lo que sufrí entonces, en aquella casa donde había sido tan feliz durante tres meses y donde todo me hablaba de usted... Me encontraba aislada, desorientada, condenada á las reconvenciones y al mal humor de mi padre, que se indignaba contra mi *locura*, y procuraba curarme presentándome á cada instante un nuevo partido ventajoso. Había penosas luchas y accesos de cólera cada vez que yo me obstinaba en mi negativa. Al principio, me consolaba pensando en usted y escribiéndole; pero usted no me contestaba... ¿No recibió usted mis cartas?

— Sí, replicó Cormier bajando la cabeza; pero el desaire del Sr. de Tremolin me había humillado é irritado de tal manera, que no me sentía con fuerzas bastantes para contestar á usted. Además, su padre me había hecho prometer que no daría pábulo á lo que él llamaba desdeñosamente una «niñería»; me hacía la reflexión de que la incertidumbre de mi porvenir me prohibía continuar nuestras relaciones... y procuraba olvidarla... Perdóneme.

— Yo no le olvidaba á usted. Como le dije al separarnos, ninguna voluntad podía arrancármelo del corazón. ¡Ah! Su silencio me hizo sufrir mucho más que los enfados y las exigencias de mi padre. Y mientras tanto pasaban años. Mi padre iba envejeciendo; su salud se alteraba, y seguía suplicándome que me casase. La idea de dejarme sola en Kerdouarnec, sí moría, le atormentaba de tal modo durante su enfermedad, que empecé á ceder. Carecía de noticias de usted; suponía — y era verdad — que ya no me amaba y que no volvería á verle en Douarnenez. Entonces me resigné á casarme con uno de nuestros vecinos, el Sr. de Ploneis, que tenía más del doble de mi edad. No podía amarle y se lo confesé con toda franqueza; pero le prometí ser una esposa atenta, cuidadosa, buena y fiel, y creo haber cumplido mi promesa. Viví con él en Coat-en-air, y endulcé todo lo posible su existencia. Poco después de mi matrimonio, volví á oír hablar de usted. Cada vez que se abría el Salón, me precipitaba sobre los periódicos. De este modo he sabido, año por año, el éxito de sus cuadros, su condecoración..., en una palabra, todas sus satisfacciones. Me alegraba por lo bajo y me enorgullecía de haber sido la primera en pronosticarle su brillante porvenir. Naturalmente, yo había llevado conmigo mi retrato..., el que me representaba en traje de campesina... Cada vez que le miraba, se me humedecían los ojos, y á pesar de mis escrúpulos de conciencia, no podía menos de pensar en usted, deseando volverle á ver...

Detúvose un momento. Al recibir aquellas ingenuas confidencias, Ivo se sentía vivamente conmovido. Su mal humor se disipaba. Cogió una de las manos de Marianic y la estrechó exclamando:

— ¡Ah! ¡Vale usted mucho más que yo!

Miró más atentamente á su antigua amiga, pálida

y esbelta en su traje de cachemira negro. Notó que llevaba la cabeza cubierta con una capota de crespón negro, y le preguntó:

— ¿Lleva usted luto? ¿Acaso?...

— Sí, contestó ella; doble luto, pues he perdido sucesivamente á mi padre y á mi marido... Han muerto en el intervalo de un año... ¡En paz descansen! Una vez viuda, volví á Kerdouarnec, donde caí enferma... Me iba consumiendo poco á poco. El médico me aconsejó que cambiara de aires y que viajase. Entonces resolví venir á París, donde nunca había estado... Pensaba que tal vez tendría la suerte de ver á mi antiguo amigo, y esto me daba fuerzas. Pero al encontrarme en medio de esa enorme aglomeración de casas, en medio de esa muchedumbre de gente desconocida que circula por las calles, el desaliento se apoderó de mí... No me atrevía á buscar á usted; me preguntaba con terror cómo iba á presentarme á usted. No sabía si estaba usted casado y si consentiría en recibirme... Por último, me vestí de valor y vine... No es muy correcto lo que hago... Pero... á nuestra edad, supongo que nadie lo tomará á mal...

Ivo volvió á coger la mano de Marianic y la besó.

— Hizo usted bien en venir, murmuró con voz ahogada por la emoción; su visita me ha sido sumamente agradable.

Ella le miró con ojos agradecidos, en que la alegría echaba un destello de juventud. Después de haber observado de nuevo el rostro envejecido del pintor y la pobreza del estudio, la angustia anubló sus claras pupilas y un imperceptible estremecimiento corrió por su espalda.

— Hábleme de usted, dijo con timidez. ¡Le han sucedido tantas cosas desde nuestra separación! Cuéntemelo todo, lo bueno y lo malo.

Una amarga sonrisa crispó los labios de Ivo Cormier.

— ¡Lo bueno y lo malo!, repitió sarcásticamente; por ahora, abunda más lo malo que lo bueno. Aun cuando quisiera yo disimularlo, esa buharda me dementaría cruelmente... Su padre tenía razón al decir que el oficio de artista era demasiado aleatorio. Un día en lo alto de la rueda de la Fortuna, y al día siguiente en lo más bajo. La suerte me mimó al principio, pero hace algún tiempo que se ha cansado de sonreírme y me tiene abandonado. Es una racha negra..., esperemos que pasará... Medios no me faltan, y me bastará hacer un buen cuadro para subir hasta las nubes... Estoy seguro de que su visita me traerá suerte y de que voy á poder trabajar con más aliento después de haberla visto...

Esforzábase en hablar en tono ligero é indolente, tanto para ocultar su situación á Marianic cuanto para poner en salvo su amor propio; pero en vano afectaba confianza y seguridad de remontar la corriente; había algo en su acento que hizo adivinar á la viuda toda la verdad. Además, el escribiente del *huissier* había charlado, confirmando las sospechas que Marianic concibiera al leer en los periódicos, antes de emprender su viaje, ciertas alusiones poco caritativas á la decadencia de Ivo Cormier.

— Seguramente, suspiró ella, eso no es más que una crisis pasajera. Con su talento y su fuerza de voluntad, estoy segura de que acabará usted por vencer la injusta indiferencia del público... Pero eso aún puede durar meses, y mientras tanto es preciso que tenga usted toda su tranquilidad de espíritu; me figuro que no se puede trabajar bien, sino cuando no se tiene ningún quebradero de cabeza. Por consiguiente, quisiera suplicar á usted una cosa...

Detúvose, vacilante, visiblemente turbada, y tosía como para disipar una súbita ronquera.

— Desde luego, permítame que le trate como amigo..., como un viejo amigo, y prométame que me concederá lo que voy á pedirle.

El se sonrió tristemente, como quien no está ya acostumbrado á que le pidan favores.

— Si en algo puedo serle útil, cuente usted con ello.

— Perfectamente. Pues escuche...

Entonces, con mil delicadas precauciones, con el tacto exquisito de una tierna mano femenina que cura una herida, le explicó que el Sr. de Ploneis la había nombrado su heredera universal, y que poseyendo ya una fortuna considerable por herencia de su padre, había vendido los bienes de su esposo. La venta se había hecho al contado, y se encontraba al frente de capitales cuya colocación le ponía en apuros.

— Tengo entre manos, añadió, un dinero con el cual no sé qué hacer. Y cuando me confesaba usted, hace un rato, que se encontraba momentáneamente escaso de fondos, se me ocurrió la idea que tal vez consentiría usted en ayudarme á colocar ese dinero convirtiéndose en acreedor mío, y... y... En fin, me

proporcionaría usted un gran placer aceptando unos veinte mil francos que pongo con el mayor gusto a su disposición.

A medida que ella balbuceaba este ofrecimiento, Ivo experimentaba á la vez un sentimiento de vergüenza y de humillación mezclado con ternura. Yéndole á buscar en aquel miserable estudio en que ocultaba su decadencia, Marianic le traía á la memoria la conmovedora leyenda de Edith, la del cuello de cisne, envejecida y yendo á revolver los muertos en el campo de batalla de Hastings, en busca del cadáver de Haroldo, su antiguo amante... Se le conmovió el corazón; pero era demasiado orgulloso para dejar ver su emoción y confesar una miseria más espantosa de lo que se figuraba Marianic de Tremolin. Por otra parte, se sentía indigno de recibir dinero de aquella criatura, que tan generosamente le había amado y á quien él había olvidado tan bruscamente.

Llevó otra vez á sus labios la mano de Marianic, y sacudió luego negativamente la cabeza.

— No, amiga mía; sería una mala colocación para su dinero y yo tendría escrúpulos de aceptarlo... No por eso le agradezco menos el que se haya acordado de mí, y le prometo que si alguna vez necesito un favor de esa especie, á usted acudiré... Pero no ha llegado el caso; repito que tengo el presentimiento de que antes de poco habré salido del mal paso.

Formulaba su negativa con desembarazo; sin embargo, su mirada evitaba la de la viuda. Volvía los ojos hacia la ventana abierta, fijándolos obstinadamente en la barra de apoyo.

— Además, continuó con voz menos firme, admitiendo que la mala suerte me persiguiese, me pondría en apuros á mí solo... No tengo mujer ni hijos que puedan sufrir de mi desgracia, y cuando

no tiene una responsabilidad más que consigo mismo, encuentra siempre medio de salir del paso.

La piadosa Marianic le escuchaba con aire escandalizado; sin comprender bien el sentido misterioso de sus palabras, adivinaba en ellas un no sé qué de ominoso y de poco ortodoxo. Sacudía tristemente la cabeza y aventuraba tímidas objeciones.

— ¡Bah!, exclamó Ivo, no hablemos más de esto. Estoy demasiado contento de volverla á ver á usted para perder el tiempo en pensar en asuntos enojosos... Déjeme que me siente á su lado, Marianic, y hablemos de nuestro país de Bretaña.

Entonces, cerca de la ventana, donde el zumbido del gran París llegaba como el ruido sordo del Océano bajo los castaños de Ploa-ré, removieron con deleite las suaves cenizas del pasado.

Aunque consternada por la negativa del pintor, y aunque la manera como había rehusado su ofrecimiento distase mucho de calmar sus inquietudes, Marianic se prestaba gustosa á aquella evocación del pasado. Hasta la provocaba, esperando que la embriaguez de aquella evocación modificaría la disposición de ánimo de Ivo Cormier.

— No reconocería usted el país, decía ella; todo ha cambiado mucho en veinte años... Nos han hecho un ferrocarril que va hasta Audierne y que ha trastornado á nuestros habitantes. Los jóvenes de ahora menosprecian las costumbres y los trajes antiguos; los *brugon bourg* y las melenas han desaparecido; dentro de poco, no quedará nada de la vieja Bretaña que tanto nos gustaba.

podiese vivir dos veces!.. ¡Si se supiese de antemano que la ambición, los deseos de triunfar y de enriquecerse son frutos llenos de ceniza!.. Cuando se cae en ello, es demasiado tarde, la jornada casi ha terminado ya, la noche se nos viene encima y quedamos anonadados en barrancos de donde no podemos salir.

Los dos habían cesado de hablar. Abismados en aquellos recuerdos, no tenían ya noción de la hora. Y anocheaba realmente; lastinieblas invadían el estudio; el sol de septiembre había desaparecido ya detrás de los ramajes del Luxemburgo. Marianic se levantó como á disgusto.

— Es muy tarde, murmuró; necesito marcharme. Me alegro de haberle visto de nuevo, amigo mío; me permitirá que vuelva, ¿no es cierto?

— Sin duda nos volveremos á ver, dijo él apartando los ojos.

Pero interiormente pensaba: «¿A qué volverla á ver? No puedo ser para ella más que un objeto de compasión y no quiero ofrecerle de nuevo el espectáculo de mi decadencia. Mañana será quizá más desastroso, más lamentable que ayer; he agotado todos los expedientes y todas mis fuerzas. ¿No vale más que quedemos ambos bajo la consoladora impresión de hoy? No se sueña dos veces la misma cosa; prefiero separarme de ella é irme de este mundo antes de abochornarla y de que me cobre hastío.

Inquieta de su mutismo, Marianic le contemplaba á la turbia luz del crepúsculo, y con la adivinación penetrante de los que aman, le parecía leer en los ojos sombríos de Cormier fúnebres y trágicas resoluciones.

— Si no le molesto á usted, insistió ella, volveré mañana á la misma hora que hoy.

— No, contestó él bruscamente; mañana, no... No me encontraría usted aquí... Yo iré á verla á usted. ¿Dónde se hospeda?

Ella le dió su dirección con voz temblorosa, pero le pareció que apenas la escuchaba. El se apresuró á contestar distraídamente:

— Bueno... Mañana pasaré por su hotel. Gracias por su visita, y permítame que le dé un beso...

Estaban ya cerca de la puerta. Ella inclinó la cabeza hacia Cormier, y él la besó en sus hermosos ojos de un azul marino.

— ¡Adiós, suspiró Ivo, adiós, Marianic!

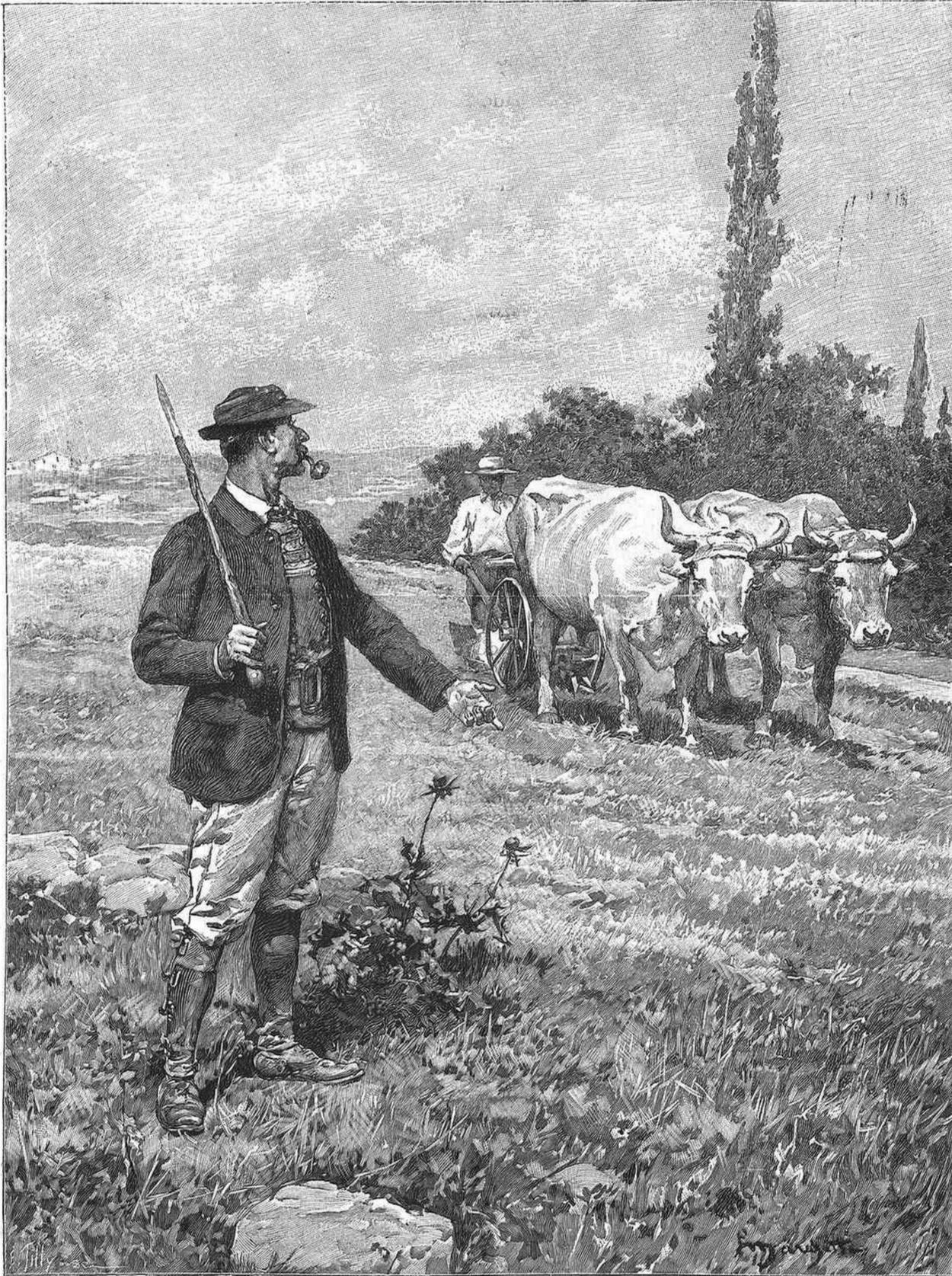
Pero al entreabrir él la puerta, ella volvió á cerrar la vivamente, y cogiendo por ambas manos á su amigo, le hizo retroceder hasta el centro del estudio.

IV

— ¡No!, exclamó ella enérgicamente; no me iré así... Algo me dice que usted me engaña y que no le volveré á ver aquí. No mienta usted, Ivo, añadió en bretón; confiese usted que germinan en su cabeza malos pensamientos y que quiere usted quitarse la vida.

El bajó la cabeza, sin decir una palabra.

— ¡Cómo! Usted, un bretón, un cristiano, ¿medita



Yendo y viniendo á través de la finca cuya explotación vigila

— ¿Y Kerdouarnec?, preguntaba el pintor; espero que habrá escapado al contagio y que no se habrá transformado.

— Dios nos libre. Ni un clavo ha cambiado. He exigido que no toquen nada. Si algún día vuelve usted á Ploa-ré, lo encontrará todo en su sitio, como en el castillo de la Bella del bosque durmiente... El salón ha conservado sus cortinajes verdes y sus sillones de damasco; el jardín conserva todavía una multitud de plantas odoríferas, y á lo largo del vivero, las parras dan sombra á la terraza... Vivo sola en medio de mis reliquias, y en torno mío, la fisonomía de las cosas se ha mantenido tan intacta, tan igual..., que por momentos se me figura que el tiempo no ha pasado y voy á verle á usted bajar la escalinata de la casa que conduce al jardín y que el mismo jazmín adorna todavía.

— ¡Aquel vivero adormecido á la sombra de los laureles reales, aquel emparrado!.., exclamó Ivo. ¡Cómo lo voy recordando á medida que la escucho á usted!.. Se me figura vernos á los dos, apoyados en el parapeto del viejo muro tapizado de culantrillos y contemplando el vasto horizonte... ¡Ah, si se

abandonar este mundo sin el consentimiento de Dios? ¿Tanto le ha pervertido á usted París? ¿No le da á usted vergüenza? ¡Virgen santa! ¿Es posible que yo haya venido aquí para verle precipitarse en el infierno?

Ella se había sentado en el viejo diván y rompió á llorar ocultándose el rostro con las manos.

Oyendo las reconvenções que le dirigía en su lengua materna, Ivo había experimentado ya una viva emoción; pero en presencia del dolor de la única amiga que le permaneciera fiel, su corazón endurecido estalló, se le anudó un sollozo en la garganta y vaciló su orgullo.

Cayó de rodillas á los pies de aquella adorable criatura y le cogió las manos.

— Marianic, no llore. Sus lágrimas añaden una angustia más á mis miserias... Usted que vive honrada y piadosamente en su casa de Kerdouarnec, no sabe usted qué existencia de ciervo acosado por los perros llevo aquí... Fui deslumbrado por mis triunfos, gasté mi dinero con la misma facilidad que lo ganaba, y luego vino el desastre y los apuros y los acreedores que no le dejan á uno tranquilo un instante... El trabajo se hace cada vez más imposible, los días se siguen cada vez más sombríos, con la desesperación final. Créame usted, es un infierno más espantoso que ese de que usted hablaba hace un momento. Al fin se agota la paciencia, y se busca una puerta por donde escapar.

Marianic sacudía la cabeza.

— Hay otros medios de escapar, sin condenarse eternamente.

— ¿Cree usted que no los he buscado? Los remedios que he probado han sido ineficaces, y no conozco otros.

— Yo conozco uno. Tener fe en Dios y en sus amigos; no rehusar sus buenos ofrecimientos. Hace poco estuve des acertada con usted. No reflexioné que si mi corazón ha seguido siendo el mismo desde hace veinte años, las preocupaciones y el modo de vivir de la gente de París habían podido cambiar el de usted. Le hablé como le hubiera hablado en Kerdouarnec, cuando nuestros sentimientos y nuestros pensamientos eran comunes; cuando nos comprendíamos con medias palabras, en fin, cuando nos amábamos... El amor nos preservaba de esas delicadezas, de esos equívocos que se producen entre extraños y detienen toda expansión... Pero ya me doy cuenta de mi torpeza de campesina... Debí decir á usted simplemente que le amo como el primer día. Si hay ofrecimientos que resultan humillantes y ofensivos cuando los hace un extraño, se puede aceptar todo de las personas que nos quieren de veras..., apasionadamente. Sí, apasionadamente. Convento en que esto, á mi edad, causa risa; pero soy de un país en que nunca es ridículo lo que es sincero, y en que el amor dura hasta la muerte... En la época de Kerdouarnec, era usted pobre como hoy; sin embargo, eso no le hubiera impedido casarse conmigo, si mi padre se hubiese mostrado más razonable y si su brusca negativa no le hubiese alejado á usted. Pues bien: ahora que soy libre de disponer de mi persona, proceda usted como hubiera procedido cuando éramos jóvenes, y consienta en compartir lo que poseo.

Había pronunciado estas últimas palabras con voz suplicante, como una niña que solicita un favor y tiembla de miedo de que se lo nieguen. Al escucharla, Ivo sintió crecer su admiración y despertar sus

escrúpulos. Se consideraba indigno de aquella abnegación. Un secreto pudor se rebelaba en él á la idea de beneficiar de aquel arranque de amor que se manifestaba en el momento de más apuros. Si aceptaba el ofrecimiento de Marianic, iba á parecer que obedecía á un innoble cálculo interesado. En plena miseria, había conservado incólumes su delicadeza y su altivez, y experimentaba una instintiva repugnancia á pasar á sus propios ojos por un hombre que se casa con una mujer rica únicamente porque ha tenido miedo de morir de hambre.

— Tiene usted una adorable y exquisita bondad, contestó él, pero soy demasiado indigno de usted y demasiado miserable... Si me casase con usted, se me acusaría de hacer una baja especulación, y todas las apariencias serían, en efecto, contra mí.

— En verdad, es usted demasiado orgulloso, exclamó ella, sublevada á su vez. ¿Cree usted ser el único en poseer el privilegio de la altivez y del respeto humano? ¿Piensa usted que no me ha costado nada pasar por encima de esas conveniencias que tanto respetamos, nosotras las provincianas, para buscarle á usted por todo París y venir á llamar á su puerta? ¿Qué dirían de mí en Douarnenez si supiesen que estoy á solas con usted á estas horas? ¿Qué juicio formarán de mí las personas de esta casa no viéndome bajar? Pero ¿qué me importa? He dejado á un lado mi amor propio y mis escrúpulos, porque mi afecto por usted es más fuerte que todo, porque es usted el único amigo que me queda en el mundo. ¡Ay, mi querido Ivo, si para conmovér y decidir á usted pudiese yo volver á mis veinte años!.. ¡Ay, si yo tuviese aún aquel atractivo de la juventud que usted me atribuía entonces!.. Quizá lograría convencerle de que, ante mi profundo amor, el orgullo y las flacas contemplaciones mundanas deben desaparecer. Ivo, recuerde usted los buenos y dichosos días de Kerdouarnec; las horas demasiado fugaces en que ambos hacíamos proyectos para el porvenir, bajo los árboles del huerto; en que nos apoyábamos de codos en la pared de la terraza y en que nos sentíamos tan cerca el uno del otro, tan firmemente unidos... El jardín es el mismo, como mi corazón; las rosas florecen allí todavía y la casa le espera á usted. Quisiera poseer el hechizo de Viviana y los encantamientos de Merlín para llevarle y retenerle allí. Y allí encontraría usted de nuevo esa paz del espíritu y ese calor de amistad fuera de los cuales no hay nada precioso ni duradero en este mundo...

En tanto que ella estuvo hablando, se hizo de noche.

En la obscuridad del estudio, no se distinguía más que la blancura del rostro de Marianic y el brillo húmedo de sus ojos primaverales. Su argentina voz se elevaba bajo el ventanal de cristales, tan pura, tan simpática y musical como en la época en que Ivo la escuchaba embelesado bajo los castaños de Kerdouarnec, y de aquella música de otro tiempo se exhalaba una irresistible ternura. Cormier no razonaba ni luchaba ya. Sentíase enteramente dominado por el espectro de la juventud. El presente parecía abolido; se hacía la ilusión de que se habían evaporado veinticinco años y de que el pasado resucitaba. Veíase al lado de Marianic de Tremolin, tan fresca y virginal en su traje de campesina bretona. Su corazón rejuvenecía, un imán le atraía hacia los bellos ojos de su amiga. El manantial de amor brotaba otra vez en él refrescando sus labios.

— ¡Oh, Marianic! ¡Oh, mi dulce amiga!, murmuró en bretón.

La estrechó en sus brazos, y sollozando, besó tiernamente sus cabellos y sus ojos.

— ¡Yo la amo!, balbuceó; mande y obedeceré.

— ¿De veras?, exclamó ella con júbilo; ¿volvería usted conmigo á la Bretaña?

— Iré adonde usted vaya; le pertenezco. Dígame qué día quiere partir y me encontrará usted en la estación.

— ¡Oh!, repuso Marianic; no me separo ya más de usted... Hay esta noche, á las once, un tren para Douarnenez. Tengo un coche á la puerta; prepare usted rápidamente su equipaje; iremos por el mío al hotel y partiremos esta misma noche...

Marianic no quería dejar á su amigo el tiempo de la reflexión, y gracias á ella, el arreglo de la maleta estuvo pronto hecho. Dos horas después, cenaban de prisa en el restaurant de la estación esperando la salida del tren de Bretaña...

Ivo Cormier está hoy convertido en un señor rural. A su llegada, ocupó su cuarto de otro tiempo en Plô-mar, hasta la publicación de su matrimonio. Un mes después llevó á la alcaldía y á la iglesia de Ploaré á Marianic, rejuvenecida por la dicha de ver al fin su bello ideal realizado; luego entraron sin ruido ni aparato en aquella quinta de Kerdouarnec, de donde había salido el pintor en otro tiempo con tanta amargura en el corazón. Ivo saborea allí en toda seguridad, como se lo había prometido Marianic, la paz del espíritu y los mimos de un afecto divino. Pero, ¡ay!, no ha vuelto á encontrar allí su talento de la juventud. Los disgustos y decepciones de los últimos años de su vida de artista le han quitado las ganas de perseguir nuevamente el éxito. La savia de la producción se agotó. De su profesión abandonada, lo único que le queda es el amor á la naturaleza bretona. Yendo y viniendo á través de la finca cuya explotación vigila, se entusiasma en presencia de las coloraciones del cielo y del mar, la frescura de los senderos y la poesía de los pinares. Pero se limita á admirar, sin que le vengan ganas de coger un pincel para fijar su impresión en un pedazo de lienzo. Tiene contra la pintura un odio parecido al que un bebedor novicio siente contra un vino fuerte que le ha intoxicado. Sin embargo, alguna vez, en la época del Salón, leyendo en su periódico los detalles del barnizado y el juicio de los cuadros en evidencia, permanece largo tiempo melancólico. Recuerda los brillantes éxitos de antaño; piensa que aquel mismo cronista le prodigó, en tiempo de su gloria, frases encomiásticas exactamente iguales, y cruza por sus ojos un rayo de tristeza. Entonces Marianic le quita suavemente el periódico; atenta y pronta á leer en el corazón del que ama, le lleva con una caricia fuera de la casa. Se van lentamente por los paseos del antiguo jardín hasta la terraza en que el vivero duerme bajo una capa de lentejas verdes. La brisa marina les trae el rítmico mecimiento de las olas, el susurro del castaño, y Marianic, señalando á Ivo, con un gesto amplificado, el pinar ondulado y azulado, parece decirle á poca diferencia como en la *Imitación*: «¿Qué podrías ver en otra parte que no puedas ver aquí? Aquí tienes el cielo, la tierra y el mar, y estos son los elementos de la verdadera y eterna belleza.»

FIN

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS»

En el número 1.040 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente del notable concurso de carteles organizados en Buenos Aires por el acaudalado industrial Sr. Malagrida, y en el artículo que entonces publicamos de nuestro correspondiente artístico y literario en aquella capital Sr. Solsona, se consignaban todos los datos referentes á aquel certamen, al cual acudieron artistas de todo el mundo y en el que se adjudicaron importantes premios.

Completando nuestra información gráfica, reproducimos en las siguientes páginas algunos de los carteles que obtuvieron primeros y segundos accésit, como son los de Laureano Barrau, de Barcelona; Manuel Mayol, de Buenos Aires; V. P. Tapin, de Buenos Aires; Alvin Gaspary, de Buenos Aires (primeros accésit); Francisco Benesch, de Lomas de Zamora (Buenos Aires); P. Tera, de Buenos Aires; Fernando Alberti y Barceló, de Madrid; Belmiro de Almeida, de Río Janeiro; Arturo Foache y Max Hubener, de París, y Giovanni Carpanetti, de Turín.

Todos estos carteles responden perfectamente á lo

que hoy se exige del anuncio artístico; todos están hechos de manera que forzosamente han de llamar la atención del que cerca de ellos pase, obligándole á fijarse, no sólo en la obra de arte, sino además en el llamamiento del industrial que recomienda sus productos.

No nos detendremos en analizar uno por uno los carteles que reproducimos, y únicamente haremos notar á nuestros lectores que aun dentro del mismo género y sujetándose á los cánones que en él rigen, puede el pintor conseguir efectos tan distintos como los que han logrado el catalán Barrau con su chula pintada con gran vigor, y el madrileño Alberti con su composición delicadamente poética en medio de la naturalidad con que está ejecutada; el brasileño Almeida y los bonaerenses Tapin y Gaspary con sus graciosas figuras infantiles, y el parisiense Max Hubener con esa esbelta figura femenina en cuyo lindo rostro y airosa actitud se reflejan la belleza picaresca y la elegancia de la *boulevardière*; el bonaerense Mayol con sus dos tipos tan ajustados á la realidad

que parecen sorprendidos por una máquina fotográfica, y el parisiense Arturo Foache con ese grupo de dibujo delicadísimo en el que una escena eminentemente española se nos ofrece adulterada, por decirlo así, pero al mismo tiempo embellecida por esa fantasía de que tan á menudo se dejan llevar los artistas extranjeros cuando tratan de cosas de nuestra patria; el argentino Francisco Benesch con su pierrot, cuyo blanco traje se destaca sobre un fondo de elegante carácter decorativo, y el italiano Carpanetti con esa gentil pareja de correctísimo dibujo y de acertada expresión, que al comunicarse el fuego de sus cigarrillos se dan el «beso de fuego», que el artista ha puesto ingeniosamente por lema á su cartel, y el propio Benesch con su linda fumadora y el bonaerense Tera con su composición del estilo japonés más puro.

Desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reiteramos nuestro aplauso al Sr. Malagrida y felicitamos al jurado, en cuyo fallo, á juzgar por los carteles premiados, han presidido la mayor imparcialidad y el mejor acierto. — M.



Cartel de G. Carpanetti.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de B. de Almeida.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Alberti.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Benesch.-2.º accésit, 200 fcos.



Cartel de A. Gasparry.-1er. accésit, 250 fcos. Cartel de P. Tera.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de M. Hubener.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Benesch.-2.º accésit, 200 fcos.

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.-CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS.» Carteles premiados (de fotografías remitidas por D. J. S.)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTERON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAVARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarrillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.



Cartel de L. Barrau.-1er. accésit, 250 francos. Cartel de A. Foache.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de M. Mayol.-1er. accésit, 250 fcos. Cartel de V.P. Tapin.-1er. accésit, 250 fcos.

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.-CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS.» Carteles premiados (de fotografías remitidas por D. J. S.)

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de **16.600 francos** Siete Medallas de ORO

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès,

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GANDES etc. B-St-Denis 16

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA VINO CLOROSIS AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fuculentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al **Bromuro de Potasio** DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Especiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

APIOLINA CHAPOTEAUT

SALUD DE LAS SEÑORAS

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria